EL ECO DEL TORRENTE.

DRAMA

EN TRES ACTOS

DE

DON JOSE ZORRILLA.



MADRID:
EN LA IMPRENTA DE YENES,
CALLE DE SEGOVIA, NÚM. 6.

1842.

PERSONAS.	ACTORES.
EL CONDE DE CASTILLA, GARCI-FERNANDEZ. . .	*Don Pedro Gonzalez Mate.*
LA CONDESA ARGENTINA.	*Doña Teodora Lamadrid.*
ZELINA, *esclava mora.*	*Doña Bárbara Lamadrid.*
LOTARIO, *señor de Roquefort.*	*Don Carlos Latorre.*
GENARO, *escudero de Lotario.*	*Don Francisco Lumbreras.*
GINES.	*Don Pedro Lopez.*
HASSAN, *esclavo moro.* .	*Don N. Sanchez.*
EGÍDIO, *caballero castellano.*	
UN PAGE.	

Damas, esclavas y caballeros.

Siglo 10. *Año* ....

Á DON TOMAS RODRIGUEZ RUBÍ,

EN PRENDA

DE FRANCA Y LEAL AMISTAD.

JOSÉ ZORRILLA.

Madrid 22 de enero de 1842.



Acto primero.

Aposento de la condesa Argentina. Decoracion cerrada con balcon en el fondo, dos puertas en primer término y dos secretas en el segundo. Zelina sentada en un almohadon despierta al ruido de la puerta de la derecha por donde llama Argentina.

ESCENA PRIMERA.

ZELINA. ARGENTINA.

Zelina. Maldito quien á deshora
viene mi sueño á turbar!
ni aun el placer de soñar
logrará la pobre mora.

Argentina. (*Entrando.*) ¡Esclava!

Zelina. (*Aparte.*) ¡Cuánta altivez!

Argentina. Tarda has andado en abrir
¿no me sentiste venir?
¿tal vez dormias?

Zelina. Tal vez.
Tres noches pasé velando
del conde á la cabecera,
¿qué estraño es que me rindiera
el sueño?

Argentina. Siempre aguardando
á tu señora te rinde.

Zelina. Descansa el ánima inerme
de la esclava cuando duerme,

que no hay placer que la brinde
tranquilamente á velar,
sabiendo que mientras viva
solo gozará cautiva
el bien que logre soñar.

Argentina. Importunas, mora, son
tus quejas á lo que creo.

Zelina. Que no las siente ya veo
vuestro feliz corazon.

Argentina. ¿Felíz le llamas?

Zelina. Pues no!
¿Qué deseo le acosara
que al punto no le lográra?

Argentina. Mas feliz eres que yo,
Zelina; que aunque es verdad
que vives cautiva aquí
seria en tu patria, dí,
mas franca tu libertad?
Encerrada tu hermosura
en el harem de un señor
el alcazar de tu amor
fuera á par tu sepultura.

Zelina. De mandar á obedecer
va grande trecho, señora.

Argentina. Esclava es siempre una mora
desde que acierta á nacer.
Infiel y altivo su esposo
su amor con varias divide,
y amor en su esposa pide
como absoluto, celoso.

Zelina. Mas con placer se obedece
de quien se ama el capricho.

Argentina. Está, mora, muy bien dicho
pero es cuando él lo merece;
porque es muy duro tormento
mentir fortuna y amor
dentro del alma el dolor
y en el semblante el contento.
Es muy terrible guardar
un pensamiento escondido
en el corazon nacido,
sin poderle de él echar.

Vivir de noche y de dia
velando la oculta idea
para que nadie la vea
ni la entienda quien la espía.
¡Ah! tú no comprendes eso.

Zelina. ¡Pluguiera á Alá fuera así!
pero yo arrastro ¡ay de mí!
tras de mi vida ese peso.
Cuanto con afan mayor
ocultarle me interesa
mas el secreto me pesa,
es mas íntimo el dolor.
Vos en el vuestro á lo menos
teneis quien os le consuele,
el mio á nadie le duele
que á todos les son agenos
de un esclavo los pesares.

Argentina. ¿Qué vale mi libertad
si es ella sola en verdad
la causa de mis azares!
Vosotros que en vuestro dueño
podeis mirar un verdugo
de sacudir vuestro yugo
hora buscais con empeño.
Yo soy tu ama te digo,
y tú al caer á mis pies
con ira secreta ves
en tu señor tu enemigo.
A mí, condesa me llaman,
y danme el mas alto puesto;
¿mas quién sabe si detesto
á los mismos que me aclaman,
su bien, su amor, su señora?
Ya ves que fue gran desliz
tenerme á mí por feliz
á par de una esclava mora.

Zelina. Mas podeis tener amigos
ó buscarlos, pero yo....

Argentina. ¿Amigos has dicho?.... No,
fueran de mi mal testigos.

Zelina. Teneis un esposo noble
galan, amante y discreto,

con quien partir un secreto
que os agobia.

Argentina. Y fuera doble
mi pesar, fuera el postrero
sin duda, Zelina, y fuera
hacer de una ruin quimera
un verdugo verdadero.
No, no, jamás: si algun dia
de mi corazon le echara
á él solo se le ocultara.

Zelina. ¿Acaso le ofenderia?

Argentina. Necia de tí, ¿no conoces
la razon de mis enojos
cuando pregonan mis ojos
lo que no dicen mis voces?
¿No ves que al llorar la calma
de mi corazon perdida
guardo en secreto escondida
mi desventura en el alma?

Zelina. ¡Callad! sus secretos son
mientra en suspiros los lanza
faros de dulce esperanza
que alumbran al corazon.
Mas si en la lengua atrevida
á palabras se reducen
son áspides que introducen
su ponzoña en nuestra vida.

Argentina. Sí, por Dios.

Zelina. Señora, quedo,
el secreto que guardais
callad, no me le digais
pues pagárosle no puedo.

Argentina. ¡Pagarle!

Zelina. Pagarle, sí,
con el mio, mas es tal
que el vuestro es menos fatal
que el que me acongoja á mí.

Argentina. Esclava, ¿qué desvarío
te asalta? ¿con cuál objeto
uno por otro secreto
mides? ¿Te dije yo el mio?

Zelina. ¿Y mis sentidos cegados

por ventura estan? Mis ojos
¿no ven de vuestros enojos
los arcanos tan guardados?
Quien al pie de vuestro lecho
os vela vuestro dormir,
¿no se podrá introducir
con astucia en vuestro pecho?

Argentina. ¡Traidora!

Zelina. No es la traicion
obra mia; es vuestro el dolo,
vuestro labio fue el que solo
vendió á vuestro corazon.
Él fue quien en vuestro sueño
pronunció el oculto nombre,
y no era el que lleva el hombre
de cuyo honor sois el dueño.
No: en la alcoba solitaria
con amorosa porfía,
le invocabais, y yo oia
la recóndita plegaria.
Llorabais ¡ah! y yo tambien
sí, con llanto abrasador
vos, vuestro perdido amor
y yo mi imposible bien.

Argentina. ¡Oh! te dolias de mí
de mis pesares testigo
los lamentabas conmigo.

Zelina. Recordé los mios, sí,
que es uno mismo el objeto
de nuestros males, señora,
y el corazon de la mora
guarda tambien un secreto.

Argentina. ¿Tú amas?

Zelina. ¡Con cuánto ardor!
Mas si el aire sorprendiera
mi secreto, aun de él temiera
que me vendiese traidor.
Sí, yo amo á un hombre tambien,
mas el nombre del que adoro
escondo como un tesoro,
mi corazon es mi haren.
Aqui sin cesar le llevo

indeleble, solitario
fanal de oculto santuario
á cuya luz no me atrevo.

Argentina. Dichosa tú que conoces
á quien amas, y le ves.

Zelina. Vuestro amor!....

Argentina. Solamente es
el son de mis tristes voces.
Le amé y me adoró algun dia,
mas ya á mi ver me olvidó,
niebla que se disipó
con la luz del nuevo dia.
Mas me olvido de quien soy,
y de quien eres me olvido;
esclava, lo que has oido
olvidalo tú desde hoy.
¿Qué me importan tus secretos
ni tus necios desvaríos?
¿te he confiado los mios?
Si los sabes....

Zelina. Bien sujetos
los tengo en mi corazon,
y no se me escaparán.

Argentina. Silencio, pues, de tu afan
no pregunto la razon.
Tus cantares me agradaron,
y entre ciento te elegí
para entretenerme á mí,
aunque mil te desearon.
Tu oficio es solo cantar
de inclinaciones desnuda;
¿lo oyes? sorda, ciega y muda
has de ser si has de medrar.
Y en tu memoria altanera
con cifra indeleble, graba
que te tengo por esclava,
pero no por consejera.

Zelina. Dadme paciencia, señor,
para sufrir su altivez.

Argentina. Silencio, pues, otra vez
ó tiembla de mi furor.

(*Vase Zelina á una seña de Argentina.*)

ESCENA II.

ARGENTINA, *sola.*

Sorprendió mi amor antiguo
mas lo callará prudente!
ademas, que aunque lo cuente
en dédalo tan ambiguo
meterá á quien se lo escuche,
que sin hilo conductor
jamás saldrá del error
con que alucinado luche.
Mas ¡ay de mí! ¿qué recelo,
si yo misma al cabo ignoro
la existencia del que adoro
y el sino que le dió el cielo?
Al conde podrá decir
lo que ella me oyó soñar,
¿mas á otro no pude amar
antes de á Burgos venir?
¿Qué hay que reprocharme en esto?
há un año que estoy casada
y de él no he sabido nada
ni medios para ello he puesto.
Le amo, es cierto, pero y qué?
si olvidarle no he podido
¿la culpa de quién ha sido?
¿por voluntad me casé?
Y si jamás le ofendí,
¿de qué se podrá quejar?
¿de que no le puedo amar?
Quéjese de él, no de mí,
(*Abre la ventana y dice asomándose.*)
La noche lóbrega cierra,
no brilla estrella ninguna,
y encapotada la luna
alumbra á trozos la tierra.
Quién ¡ay! de mi dulce Francia
sobre sus rayos pudiera
al soplo de una hechicera
cruzar la inmensa distancia.

Mas mis ojos alucina
torpe ilusion, ó el espacio
del jardin de este palacio
cruza un hombre y se avecina.
¿Quién pudo á tal hora entrar
en los jardines? Se para....
conmigo acaso se encara....
¿qué busca en este lugar?
Me hace seña.... mas no entiendo
lo que pretende.... se aparta

(Se oye caer en la escena un objeto entrando por el balcon.)

¿Pero qué es esto? Una carta
¡cielo santo! ¿qué estoy viendo?
(Lee.) «Aunque parezca arrogancia
«pedir de vos una audiencia,
«la aguarda con impaciencia
«un peregrino de Francia.»
Sueño ¡Dios mio! es su letra,
es él, es él; me lo augura
mi corazon, que en la oscura
sombra hasta el suyo penetra.
¿Mas cómo traerle aquí
sin que nadie le aperciba?
fiaré de esa cautiva....
no, son armas contra mí.
Yo misma le iré á buscar.
Mas fuera mucha osadía.
¡Ah! ¿pero esta galería
no va al jardin á parar?
Es verdad que nadie la usa,
mas es causa en mi favor.
Sírveme de escusa amor,
si es que la razon me acusa.

(Busca una llave con la que abre una puertecilla secreta que habrá en el fondo, toma la lámpara y sale por ella volviendo á cerrar. La escena queda á oscuras.)

ESCENA III.

ZELINA.

¡Señora! ¿pero qué es esto?
¿por dónde salió? Señora.
¿Si dormirá?.... alerta mora,
procura ganar tu puesto.
Alimenta tu esperanza
que si á ella el amor la culpa,
á tí el amor te disculpa,
que opuesto á su amor abanza.

(*Vase dejando la puerta abierta y al mismo tiempo meten la llave en la de la galería. Al tiempo que por esta aparece Argentina con Genaro aparece por la otra la mora con luz. Al verla Argentina cierra la puerta con precipitacion, dejando á Genaro fuera. Quédanse mirando una á otra. Argentina con sorpresa, la mora con inteligencia.*)

ESCENA IV.

ARGENTINA. ZELINA.

Argentina. ¿Quién va?
Zelina. ¡Ah!
Argentina. ¿Quién te mandó
llegar sin que yo llamara?
Zelina. La luz temí que os faltara
y entraba á doblarla yo.
Argentina. Tomá menguada y aprende,
(*La da un bofeton y se la cae la luz.*)
que yo soy quien manda aquí.
Ea, despeja.
Zelina. ¡Ay de mí!
Argentina. ¡Fuera!
Zelina. Y ¡ay de quien me ofende!
(*Sale la mora. Argentina cierra la puerta y abre la otra.*)

ESCENA V.

ARGENTINA. GENARO.

Argentina. Nada por fortuna vió,
y á no venir con tal tiento
sorprende todo el intento,
pero diestra anduve yo.
Pisad quedo, y evitad
que oigan por algun resquicio.
Genaro. Habéisla dado sin juicio,
señora, y sin caridad.
Argentina. Cien veces se lo advertí,
y como entró de rondon
en tan precisa ocasion
arrebatada la dí.
Genaro. Mirad....
Argentina. ¿Defendéisla ahora?
¿qué importa esa bofetada?
¿no está á sierva destinada?
pues que aguante á su señora.
Mas vos quien sois concluyamos,
Genaro tú, ¿con qué traza?
Genaro. ¿Nada aquí nos amenaza?
Argentina. Nada, seguros estamos.
Genaro. Lotario en Burgos está.
Argentina. ¡Dios mio! ¿en Burgos?
Genaro. Llegó hoy.
Argentina. ¿Y tú?
Genaro. Su escudero soy
como siempre.
Argentina. ¿Y dónde va?
Genaro. ¿A dónde ha de ir, señora,
sino adonde vos esteis?
A no que vos le mandeis
que se vuelva con la aurora.
Argentina. No, no.
Genaro. Le amais todavia?
Argentina. ¡Mas bajo por compasion!
sí, le amo en mi corazon,
¿mas él?

Genaro. Con idolatria.
Con intriga cautelosa
de vuestro padre ha logrado
venir á Castilla enviado
de embajador de Tolosa:
y él, que ignora vuestro amor,
en nuestro lazo ha caido
sin darse por entendido.
Con sigilo previsor
en Burgos hemos entrado
sin que el pueblo se aperciba
de nuestra oculta misiva,
y de veros me ha encargado.

Argentina. Pero ¿y Lotario?

Genaro. No osó
venir, que era necio paso,
sin saber si el tiempo acaso
vuestros intentos mudó.

Argentina. ¿Mudarlos? por vida mia,
sin maldecir la distancia
que me apartaba de Francia,
no me dormí ningun dia.
Esta tierra me es odiosa,
y poco es Burgos, la España
diera por una cabaña
en Roquefort ó en Tolosa.
Allí mis memorias viven
y allí mis dichas estan,
allí mis suspiros van,
y allí alimento reciben.

Genaro. ¿Mas el conde como os trata?

Argentina. Pobre! mis desvíos llora,
delira por mí, me adora
y esto es lo que mas me mata.
Tal vez por mis sinsabores
grave enfermedad le aqueja
que sosegar no le deja,
presa de agudos dolores.
Yo, cuando á solas me quedo
con él, al verle llorar
lloro ¡ay de mí! á mi pesar,
pero quererle no puedo.

Yo no he soltado jamás
un gemido en su presencia,
mas él lee mi indiferencia
en mi semblante quizás.
El conoce, puede ser,
y así su dolor agrava
que fuera alegre su esclava,
pero nunca su muger.
Lo entiende, le pesa y llora;
yo le martirizo y lloro.
¡Ay! yo porque no le adoro,
y él porque lo ve y me adora.
Tú que me has visto nacer,
tú en cuyos brazos mecida
pasé mi niñez florida,
¿qué me aconsejas hacer?
Ver á Lotario es mi anhelo,
hablarle, llorar con él....
¿será mi estrella tan cruel
que me culpe este consuelo?

Genaro. ¿Y quién os podrá culpar
tan justo y sincero empeño
si nadie se puede dueño
de su corazon llamar?
Cumplida nuestra embajada
volveremos á Tolosa.
¿Un hora, pues, venturosa,
por qué os ha de ser negada?
Él muere por veros.

Argentin. ¿Si?

Genaro. Su fanatismo, su gloria
no es mas que vuestra memoria.

Argentina. ¿Conque se acuerda de mí?

Genaro. No se pasa un solo instante
sin que os escuche y os vea
allá en su escondida idea
en su desvarío amante.
Y á tanto por vos se empeña
que es rayando en la locura
por vuestro nombre, si jura
con vuestro nombre si sueña.
Tal vez guardó vuestra toca

de vuestro amor por despojos,
y aun la humedecen sus ojos
mientras la besa su boca.

Argentina. ¡Calla! que con tal pintura
mi corazon desfallece
y mi razon enloquece
con tan celestial ventura.
El me amó, ¿ y amedrentarle
imposibles no pudieron?
¿ y á mí vacilar me hicieron
hasta dudar de esperarle?
Sal ya, secreto escondido,
del corazon que atosigas,
sal del alma en que te abrigas
temeroso y desvalido.
Ya no eres vago deseo
sin ventura ni esperanza
eres voz cuyo eco alcanza
mas allá del Pirineo.
Ven, ven, Lotario, á mis brazos,
y aunque se ofenda Castilla
y alce el conde su cuchilla
para hacerme allí pedazos.

Genaro. Pues bien pronto le verás.

Argentina. ¿Cuándo?

Genaro. ¡Mañana!

Argentina. ¡Mañana!
es tarde.

Genaro. De buena gana
fuera ahora, pero quizás...

Argentina. ¿Qué temes? ¿Tú no has llegado
tranquilamente hasta mí
por esos jardines?

Genaro. Sí:
mas yo soy solo un criado,
un siervo de vuestra casa
que os vió, Argentina, nacer
y que no supo poner
al leal deseo tasa
de abrazaros y de veros:
todo esto puede probarse,
y es cosa que perdonarse

puede á viejos escuderos,
mas á caballeros no:
que otras sospechas nacieran
y si verdades salieran,
no salvára él como yo.

Argentina. Pues bien, Genaro, es preciso
que yo le vea; no hay fuerza
que esta voluntad me tuerza;
iré yo, llévale aviso.

Genaro. ¿Vos con noche tan oscura
de este palacio salir?

Argentina. O viene él ó yo he de ir.

Genaro. Que venga es menos locura.

Argentina. Que venga pues.

Genaro. Pero sea
cuando todo esté sumido
en el sueño, y advertido
ningun curioso lo vea.

Argentina. Sea.

Genaro. Yo os esperaré
con él en la empalizada
en hora mas avanzada.

Argentina. Yo de aqui os avisaré;
y hasta que todo repose
y retire del balcon
la luz mucha precaucion,
y nadie mostrarse ose.

Genaro. ¿Y si hay algo que lo impida?

Argentina. Te haré la hora avisar. (*Llaman.*)
¡Cielos, he oido llamar!
huye de aquí por tu vida.

Genaro. Si me habrán visto venir.
(*Vase por la puerta secreta.*)

Argentina. Imposible, mas sal presto.
¿Cuál será el nuevo pretesto
de venirme á interrumpir?

ESCENA VI.

ARGENTINA. UN PAGE.

Page. El conde os pide permiso

para saludaros antes
de recogerse.

Argentina. Sí es esa
su voluntad, dí que pase,
que será bien recibido.

Page. Pues vendrá al punto, esperadle. (*Vase.*)

ESCENA VII.

ARGENTINA. ZELINA Y DAMAS.

Argentina. Elvira, Diana, Constanza
arreglad mi vestidura,
que pende de mi hermosura
esta noche mi esperanza.

(*Zelina, Elvira y Constanza arreglan los cabellos y el trage de Argentina, la prenden flores, la traen anillos que se pone &c. &c. Zelina mirando por todas partes hasta que ve la llave puesta en la puerta secreta.*)

Zelina. Aquí no está y no ha salido;
mas no erré... llave hay allí.

Argentina. ¿Qué murmuras tras de mí?

(*Al volverse ve á Zelina que lleva la mano al carrillo.*)

¡Hola! con que lo has sentido?
Pues tanto la faz te duele
ve si te place ese anillo,
y el escozor del carrillo
ese rubí te consuele.
Y advierte que mil criadas
á pies juntillas quisieran
que sus señoras las dieran
anillos y bofetadas. (*La da uno y lo rehusa.*)
¿Qué es eso?

Zelina. Os pido perdon.
(*Aparte.*) Qué valdrá el rubí en mi dedo
si borrar con él no puedo
mi afrenta del corazon?

Argentina. Por Dios, criatura necia,
que estoy con razon tentada
de dar otra bofetada
á quien el rubí desprecia.

Zelina. Pues no tengo libertad,
lo podeis á salvo hacer;
mas que no pude escoger
mi suerte considerad.

Argentina. Silencio, esclava. Naciste
de moros hija, y cautiva,
piensa que solo estás viva
porque en gracia me caiste.
Pues me placen tus cantares,
cantar es tu obligacion;
canta y dí á tu corazon
que encarcele sus pesares.
Canta, esclava.

Zelina. Cantaré:
mas quiera el cielo, señora,
que la cancion de la mora
mas sentimiento no os dé.

Argentina. Arrepentida te quiero:
¿mas quién llega?

Page. El conde.

Argentina. Abrid.

Zelina. (¡Qué abatido está!)

Argentina. Salid.

Zelina. (Pero sanará: lo espero.)

ESCENA VIII.

EL CONDE. ARGENTINA.

Conde. Guárdete Dios, Argentina.

Argentina. Conde, vengais en buen hora.
¿Cómo os sentís?

Conde. Bueno ahora,
pues estoy cerca de tí.

Argentina. Sentaos, tomad aliento;
os cansa mucho el caballo.

Conde. Dicen los doctores que hallo
alivio á mi mal asi,
y obedezco sus consejos;
aunque en verdad no imagino
que avanzo mucho camino
con ellos en mi salud.

Y tú, cómo estás? ya ha mucho
que en mi cuarto no te veo.

Argentina. Mis visitas escaseo,
y hago con exactitud
lo que mandan los doctores.
Mi presencia os empeora.

Conde. ¡Argentina encantadora,
¡ah! no los creas por Dios!
Tu presencia me es un bálsamo
que mis cuitas adormece;
Tu presencia me parece
que mi salud trae en pos.
¡Oh bellísima Argentina,
luz de mis ojos radiante!
desde el fortunado instante
en que por dicha te ví,
mi voluntad, mi deseo
á mas ventura no alcanza
que á la segura esperanza
de tenerte junto á mí.
De noche allá en mis delirios
tu imágen se me aparece,
y el alma se me estremece
con tan dichosa ilusion.
La luz que radia tu rostro
mi corazon ilumina,
que hasta en tu sombra, Argentina,
te adora mi corazon.
De dia ansioso te busco,
y si en el jardin paseo,
dichoso ademas me creo
si de la reja á través
alcanzo tu sombra errante,
aun sabiendo ¡vida mia!
que mi amorosa agonia
ni te imaginas, ni ves.
Mas tú entretanto me esquivas
y sola, y triste, encerrada
una tras otra jornada
en tu aposento te estás.
Algunas veces me han dicho
que baña el llanto tus ojos...

¿Por qué, dí, son tus enojos?
¿Lloras tu patria quizás?

Argentina. Tal vez, señor: de Castilla
nacida en verdad muy lejos,
la razon ni los consejos
bastar no podrán tal vez
(y os lo confieso con lágrimas)
á borrar de mi memoria
la melancólica historia
de mi dichosa niñez.

Conde. Pues bien, no quiero que nunca
ni aun caprichos te se nieguen.
Dentro de un mes, cuando lleguen
las puras auras de Abril
partiremos á Tolosa,
verás otra vez al conde
tu padre; sí, iremos donde
quiera tu anhelo infantil.
Yo uniré á tí mi destino,
¡oh bellísima francesa!
sé en Castilla la condesa,
y donde te plazca vé.
Yo iré contigo, y al lado
de quien tan fino te adora
tú serás reina y señora,
y yo tu esclavo seré.

Argentina. ¡Generoso castellano! (*De rodillas.*)
¿cómo pagar tus finezas?

Conde. De nuevo á llorar empiezas!

Argentina. De gratitud, conde, sí.

Conde. ¿No te amo? ¡paloma mia!
en contemplarte, en quererte
que hago de más si la muerte
me fuera dulce por tí?
Pero basta, alza, Agentina;
veo que un pesar secreto
te acosa; calla su objeto,
no quiero saberle, no.
Si tengo en su causa parte
quiero ¡Argentina! purgarla;
necio fuera en preguntarla,
debo corregirla yo.

Mas oigo en esa antesala
rumor...

ESCENA IX.

DICHOS. UN PAGE.

Page. Vuestros caballeros,
señor, y vuestros monteros
vienen orden á pedir
para mañana.
Conde. Argentina,
recíbeles tú; me siento
cansado, y no tengo aliento
sus cumplidos para oir.
¡Ay!
Argentina. ¿Suspirais?
Conde. De fatiga.
Era tan terco el caballo
en que corrí...
Argentina. Si os obliga
el sueño...
Conde. No, dulce amiga;
mas perezoso me hallo.
Argentina. ¿Quereis reposar?
Conde. No á fé.
que mandáras me pluguiera
á los pages que ahí dejé
que apronten una litera
que volver no quiero á pie.
Húmeda la noche está,
y es tarde, Argentina, ya
para cruzar el espacio
de los jardines, que va
á mi aposento en palacio.
Si en tanto no te desplace,
oyera de buena gana
esa que prodigios hace
esclava mahometana.
Argentina. Yo os la enviaré.
Conde. Que me place.

ESCENA X.

EL CONDE.

¡Ay de mí! tan cariñoso
con ella y tan complaciente
tan rendido y cuidadoso,
y ella siempre con su esposo
tan fria é indiferente!
¡Siempre en su Francia pensando!
¡siempre encerrada y llorando!
¡maravilla es en verdad!
mas si otro amor lamentando...
¡callad, sospechas, callad!
Dejadme, celos, gozar
en esta ilusoria calma;
sí, dejádmelo ignorar,
no hagais mas agria brotar
vuestra ponzoña en el alma.
Los celos son ¡ay de mí!
mis dolores: celos son
de mi mal la causa, sí,
el mal que sufro está aqui
en mi pobre corazon.
Si es que rendirse no puede
á mi amor su ánima esquiva,
con sus ilusiones viva,
con sus memorias se quede;
mas si otro amor la cautiva,
si no bastándola el mio
en otro amorosa piensa
con criminal desvarío,
¡oh! el hilo de su devío
me llevará hasta mi ofensa.

ESCENA XI.

EL CONDE. ZELINA.

Conde. ¡Hola! bien venida, mora.
Zelina. Hame dicho mi señora

que era vuestra voluntad...

Conde. Oirte, sí, sea en buen hora:
veamos tu habilidad.

Zelina. La música es un consuelo
que calma nuestra inquietud.

Conde. Siempre como don del cielo
la miré.

Zelina. Aleja el desvelo
y avecina la salud.
Yo en mis pesares, señor,
con ella me le procuro
y adormece mi dolor;
canto mis cuitas, mi amor,
y dichosa me figuro.

Conde. Con que amas?

Zelina. Sí, con fatal
eleccion.

Conde. ¿Luego el objeto
de tu amor te paga mal?

Zelina. Sí, mas con razon.

Conde. ¿Con cuál?

Zelina. Este es, señor, mi secreto.

Conde. Quiero respetarle, pues;
mas yo no soy un tirano,
y si con mi empeño ves
que mas fácil...

Zelina. Asi es;
pero intentarlo es en vano.

Conde. En curiosidad me ponen
tus palabras, pobre mora.

Zelina. Tales ruegos se interponen
que harán mi lengua traidora
si á mi silencio se oponen.

Conde. No insisto mas si te enojo.

Zelina. Os agradezco el favor.

Conde. Dicen siempre que el amor
es de zarzas un manojo.

Zelina. ¿Y la música, señor?
(*Preludia la mora en el harpa.*)

Conde. Tienes razon; ya te escucho
con mi cansancio, aunque lucho.

Zelina. (Zelina, esta es la ocasion.)

Conde. Ya de preludios es mucho.
Vamos, mora, á la cancion.
Zelina. (*Canta.*) «¡Ay del que fia insensato
»en el amor de una bella,
»si guarda en silencio ella
»ponzoña en el corazon!
»¡Ay del que infiel
»adora á una hermosa que no le ama á él!»
Conde. Deja cantigas de amor
y mas si son lastimeras.
Zelina. ¿Qué cantaré?
Conde. Lo que quieras:
no endechas, que es la mejor
un tejido de quimeras.
Zelina. (*Canta.*) «¡Ay del que fia insensato
»en aposento que tiene
»dos puertas, por donde viene
»y se esconde la traicion!
»¡Ay del que fiel
»conserva la jaula y el ave no es dél!»

(*El conde presta cada vez mas atencion al cantar de la mora: cuando esta concluye, el conde ha recorrido con la vista el aposento y visto las dos puertas.—La mora sigue preludiando hasta que el conde al mirarla la sorprende con la vista clavada en él.*)

Conde. (*Ap.*) ¡Qué escucho! ¿es esto un aviso?
Zelina. (*Ap.*) Lo ha comprendido. Vencí.
Conde. (*Ap.*) Traicion escondida aqui
sin duda advertirme quiso.
Siendo de enemiga casta
el esclavo y el señor...
(*La mira &c.*)
¡Hola! al buen entendedor
media palabra le basta.—
¿Zelina?
Zelina. ¿Qué me mandais?
Conde. ¿Quién te enseñó la cancion
que he escuchado?
Zelina. Un bofeton.
Conde. ¿Tales maestros usais
los moros para cantar?
Zelina. Nos los prestan los cristianos,

que tienen largas las manos
y nos hacen estudiar.

Conde. Vosotros en recompensa
les mostrareis...

Zelina. Que un secreto
vale mucho bien sujeto
con los nudos de una ofensa.

Conde. Y el secreto al denunciar
tendreis ya medios seguros.

Zelina. Las ventanas y los muros
que nunca podrán hablar.

Conde. La revelacion empieza,
y ve que vale en verdad
lo cierto la libertad
y lo falso la cabeza.

Zelina. Señor...

Conde. No tiene otro fin.

Zelina. Pues bien, quien usarla sabe
puede abrir con esta llave
á quien entre en el jardin.
Y vos no habreis olvidado
que ese escondido retrete
(*Le muestra, y el conde se entera de cuanto le va diciendo.*)
conduce á este gabinete
por corredor escusado.

Conde. La totalidad revela.

Zelina. Un astuto observador
de este camarin, señor,
es del cuarto centinela.

Conde. ¿De tu camarin?

Zelina. Del mio:
con un pequeño rodeo
se llega á él; si el deseo
os aqueja, yo os le fio.

Conde. ¿Luego aqui...

Zelina. Esperando estan
á un hombre que otro anunció.

Conde. ¿Les vistes tú?

Zelina. Verles no;
mas con cauteloso afan
de cerca les escuché.

Conde. ¿Y son dos?

Zelina. Dos.
Conde. ¿Hombres?
Zelina. Hombres.
Conde. ¿Oiste acaso sus nombres?
Zelina. No pude oirles á fé.
Y hablaron con tiento tal
que aun fue mucho comprender.

(*Despues de un momento de pausa el conde la dice con inteligencia.*)

Conde. ¿Ella dijo...?
Zelina. Idle á traer.
Conde. ¿Y él?
Zelina. Haced vos la señal.
Conde. Que me cansó tu cancion
dirás, y que me marché.
(*Dándola un anillo.*)
Y si eso te cura, ve
la señal del bofeton.
Zelina. Prendas de tan soberano
valor, pierde en poder
de una esclava: otra ha de ser
mi prenda.
Conde. ¿Cuál?
Zelina. Vuestra mano.
(*Se la da y besa.*)
Conde. Tu labio abrasa.
Zelina. Y tambien
vuestra mano.
Conde. Celos son.
Zelina. Los hay en mi corazon,
¿qué estraño que fuego den?
Conde. (¡Con intencion ha besado!)
Zelina. (¡Con placer lo ha recibido!)
Conde. (¡Del corazon la ha salido!) (*Vase.*)
Zelina. (¡Al corazon le ha llegado!)

ESCENA XII.

ZELINA.

¡Oh! echado habias, señora,
muy torpemente la cuenta,
que es un guarismo una afrenta

y muy exacta una mora.
Sin esa injuria cruel
yo con mi dolor callara,
mas ya estamos cara á cara
yo contigo y tú con él.
Un año de esclavitud
bajo poder tan tirano
adiestra mucho la mano
y adelgaza la virtud.
Cuando querais escondidos
vuestros secretos tener,
procurad, necios, haber
siervos sin ojos ni oidos,
y esclava buscad menguada
cuyo descuido indiscreto
no sepa con un secreto
vengar una bofetada.

ESCENA XIII.

ZELINA. ARGENTINA.

Argentina. ¿Y el conde?
Zelina. Fuese indignado.
Argentina. Indignado, ¿mas por qué?
Zelina. Mi cancion sin duda fue
lo que tanto le ha enojado.
Argentina. ¡Ira de Dios!
Zelina. Hice yo
lo que pude en mi cantar;
mas no le debió agradar,
que á la mitad lo dejó.
Argentina. Sin pages...
Zelina. Tal fue su enojo,
que ni á esperar su litera
logré que se detuviera.
De enfermo fue algun antojo.
Argentina. (Pues tal antojo me agrada.)
Zelina. ¿Os entraré á desnudar?
Argentina. No. Vete.
Zelina. ¿Vais?

Argentina. A rezar.
Zelina. Entonces no digo nada.
Buenas noches.
Argentina. Dios te guarde.

ESCENA XIV.

ARGENTINA.

¿Por qué con tanta opresion
me palpita el corazon
acongojado y cobarde?
Yo misma á llamarle envié,
mas ojalá no viniera;
mi alma le ansía, le espera,
mas se avergüenza mi fé.
Ese noble castellano
me antepone á todo, sí,
y he de pagarle ¡ay de mí,
con proceder tan villano!
A Francia, me dijo, irás,
donde quieras, porque al cabo
yo siempre seré el esclavo,
y tú la reina serás.
Conoce mi desamor
y respeta mi secreto;
yo tambien tendré respeto
á lo menos á su honor.
Vendrá Lotario, vendrá,
pero verá mi esquivez,
y será la última vez
que mi acento escuchará.
Yo le negaré mi amor
á mi corazon traidora,
y que parta con la aurora
el osado seductor.
Cierro y aguardo serena
la hora del sacrificio...
¡no sé si mi pobre juicio
podrá con tan honda pena!
Mas oigo abrir el cancel:

sí, suben al caracol...
(*Escuchando.*
y aun no hizo seña el farol:
¡oh! sí, le conozco; es él.

ESCENA XV.

ARGENTINA. LOTARIO.

Argentina. ¡Lotario!
Lotario. ¡Argentina mia!
Argentina. Silencio. ¿Cómo has osado
sin que yo te haya avisado?...
Lotario. Esperar mas no podia.
Del conde ví la litera
el jardin atravesar,
y no pude refrenar
mi impaciencia. Tal vez era
mucho arriesgada mi accion;
mas perdona, hermosa mia,
desde el jardin te veia
por ese abierto balcon.
Sabiendo que me esperabas,
dije: «prevenida está,
pues que me llama.»
Argentina. ¡Y quizá
con una ilusion gozabas!
Lotario. ¿Con una ilusion?
Argentina. Sí, sí:
todo es mentira, Lotario;
con el alba es necesario
que partas lejos de mí.
Vuelve, vuelve á Roquefort,
huye de Burgos, y mira
que ha sido mi fé mentira,
mentira todo mi amor.
Lotario. ¡Mentira dices que fué!
Las lágrimas de tus ojos
desmienten esos enojos
que finges... no sé por qué.
Argentina. ¿No lo sabes ¡insensato!
y en Burgos soy la condesa?

Lotario.	¿Y tanta anterior promesa
	de tu amor?
Argentina.	¿Y mi recato?
Lotario.	Por fuerza tu padre vino
	tu mano al conde á ofrecer.
Argentina.	La fuerza no puede hacer
	menos cierto mi destino.
Lotario.	¿No le amas?
Argentina.	Guardo su honor.
Lotario.	Tu corazon es primero.
Argentina.	Yo á mi pasion le prefiero.
Lotario.	Argentina, eso es amor.
	Yo dia y noche he corrido
	por verte, ¡oh necia locura!
	y á tu palacio ¡perjura!
	me has llamado y me has vendido.
	Sí, yo en la corte, dichosa
	te hubiera visto mañana,
	y al ver tu esquivez tirana
	me hubiera vuelto á Tolosa.
	Yo maldijera quizá
	tu inconstancia ó tu capricho,
	mas siempre me hubiera dicho,
	al fin bien casada está.
	Mas comprendo tu traicion;
	para creer en tu fineza
	de Lotario la cabeza
	te pondrá por condicion.
	Y tú tan pérfida ya
	como ese vil castellano,
	vas á ponerla en su mano
	con complacencia quizá.
	No, si tu intencion es esa
	no eres tú la que yo amé,
	ni por quien aqui llegué,
	ni Argentina, ni francesa.
Argentina.	¡Qué delirio te trastorna!
	¿Venderte yo que te adoro,
	que atropello mi decoro?
Lotario.	Gracias al cielo que torna
	á tu mente la razon;
	pues mi falso desvarío

te hizo confesar por mio
tu rebelde corazon.
Ya me lo has dicho; me adoras;
ya te arranqué á tu pesar
el secreto que ocultar
me querias... mira... lloras.
y las lágrimas no salen
sino de un alma apenada,
y yo, Argentina adorada
sé lo que las tuyas valen.
Te has dejado seducir
por mi fingido furor;
confiesa por fin tu amor
porque no sabes fingir.

Argentina. ¡Oh! sí, te adoro, es verdad;
tu imagen de mi memoria
no se apartó, fue mi gloria,
mas cállalo por piedad.
Siento que tu amor me venza
que mi obligacion mancilla,
y esta confesion me humilla,
la ingratitud me avergüenza.

Lotario. La ingratitud, ¿y con quién?
¿Tú has dicho á ese castellano,
tuya soy? Lleve mi mano,
dijiste, á quien se la den.
Tu padre por su interés,
por miedo acaso á una guerra,
compró un puñado de tierra
ofreciéndote á sus pies.
Te echó de tu dulce Francia
y te arrancó de mis brazos,
sin ver que hacia pedazos
los sueños de nuestra infancia.
Pues bien, tú cumpliste ya,
te casaste con su gusto,
que el tuyo se cumpla es justo;
si quieres se cumplirá.
Tú eres la heredera sola
de Tolosa, su condado
para tí está reservado,
y no has nacido española.

Huyamos de España, pues;
tu herencia y persona en vano
reclamará el castellano
cuando en Roquefort estés.
Que el moro con cruda guerra
su venganza atajará,
y el pobre conde harto hará
con defenderse en su tierra.
Todo ello será un secreto.
¿Y tu padre qué ha de hacer?
Nada le da que temer
del conde el inútil reto.

Argentina. Mentia si te dijera
que tan bella perspectiva,
Lotario, no me cautiva,
que es á fé muy lisongera;
mas...

Lotario. ¡Qué dudas! Argentina,
traigo gente, intrepidez
nunca me faltó.

Argentina. Tal vez
tu confianza te alucina.

Lotario. No me amas.

Argentina. No digas tal,
Lotario, cuando aun te escucho;
pero me rinde, aunque lucho,
presentimiento fatal.

Lotario. Necios agüeros, ¿quién cree?
con valor, ¿qué hay que arriesgar?

Argentina. Déjame reflexionar,
y yo me resolveré.

Lotario. La tregua será muy corta.

Argentina. Solo un dia.

Lotario. Uno no mas.
Mañana...

Argentina. Al jardin vendrás
como hoy.

Lotario. Mucho es, mas no importa.

Argentina. Irrevocable ha de ser
mi decision.

Lotario. Sí á fé mia.

Argentina. Ea pues, sal, que está el dia

muy próximo á amanecer.

Lotario. Adios, amor mio.

Argentina. Adios,
mi Lotario, y por tu vida
que te guardes bien.

Lotario. Descuida.
Que... voy de la dicha en pos.

(*Mientras Argentina despide á Lotario, que se va por la puerta secreta, el conde asoma por el camarin de la mora, y al volverse Argentina, despues de haber vuelto á cerrar la puerta, se encuentra cara á cara con él, que se llega á ella y la toma por el brazo con frialdad.*)

Argentina. (*Aterrada.*) ¡Cielos!

Conde. Le dejo salir
con mi corage, aunque lucho,
porque á tí te quiero mucho
y él mañana ha de venir.
Mas si de ese seductor
te arrastraran los conjuros,
cenizas haré los muros
de Tolosa y Roquefort.

(*Argentina cae de rodillas y cae el telon.*)





Acto segundo.

La misma decoracion.

ESCENA PRIMERA.

EL CONDE, *sentado en actitud de atencion agradable.* ZELINA *cerca de él, pero algo hácia su espalda, sentada en unos cogines, cantando al harpa.*

(Preludio largo.)

Zelina. (Canta.) «Auras de abril, si algun dia
cruzais murmurando el mar,
decid á la patria mia
que por él no he de pasar.
Si he de vivir como ahora,
id al Africa y contad
que aqui dichosa una mora
despreció su libertad.»

«Decid del tostado moro
en el campesino adoar,
que el bien que en secreto adoro
no me la deja llorar.
Si he de vivir como ahora,
id al Africa y contad
que aqui dichosa una mora
despreció la libertad.»

Conde. Dichosa tú si en tu labio

no miente tu corazon,
que olvidas tu condicion,
tu esclavitud y tu agravio,
al compas de una cancion.

Zelina. La música es un consuelo
que sosiega la inquietud,
y amor que es hijo del cielo
puede hacer flores del hielo,
placer de la esclavitud.

Conde. ¡El amor! solo ha brotado
rudas zarzas para mí
que el corazon me han llagado.

Zelina. El objeto habreis errado
de vuestro amor.

Conde. Lo erré, sí.

Zelina. Amor es Dios, y jamás
en sus fallos se equivoca,
y las almas á quien toca
con su harpon lleva detras
en rueda enredada y loca.
Creencias, tierra, esquivez
estrechan dos corazones
á aborrecerse, y tal vez
por esta misma estrechez
empiezan grandes pasiones.
Mas aunque razon, fé y tierra
acerquen mucho á otros dos,
si en ellos amor no encierra
su aficion, siempre ¡por Dios!
se harán invencible guerra.

Conde. Eso á mí me sucedió,
Zelina; amoroso, ufano,
mi corazon se rindió;
mas el suyo no tocó
amor, y mi afan fue vano.

Zelina. Tambien me sucede asi,
señor; alcancé un objeto
digno de mi amor, le dí
mi corazon, y ¡ay de mí!
mi amor no es mas que un secreto.
Yo no le puedo ocultar
ni manifestar mi fé,

continuamente pasar,
le veo acaso, me ve,
y pasa y... rompo á llorar.

Conde. ¡Pobre esclava! tus servicios
merecen mi gratitud:
yo sé que á tus sacrificios,
á tus desvelos y oficios
debo tal vez mi salud.
Yo sé que en tapiz estrecho
tendido al pie de mi lecho,
noches de vela afanosa
has pasado cuidadosa
desvelada en mi provecho.
Ya sé que solo tu mano
con tierno afan me ofrecia
el bálsamo soberano
que la salud me volvia,
mas no lo habrás hecho en vano.
Habla, si con esquivez
te mira el hombre á quien amas
por tu condicion tal vez,
habla, Zelina; á las damas
te igualaré de mas prez.
Te daré la libertad
y mis tesoros con ella,
te haré tan noble en verdad
que envidie tu vanidad
la cortesana mas bella.
Si entonces á pesar mio
aun no le rindes, Zelina,
y tuerces tanto desvío,
serás con ese hombre frio
lo que yo con Argentina.
Un ser inútil menguado,
á quien sobra un corazon
ardiente y enamorado
que su amor ha equivocado
y que pide compasion.

Zelina. Nosotras las africanas
somos, señor, muy altivas,
y en esas almas tiranas
queremos, aunque cautivas,

entrar como soberanas.
Esos afeites postizos
son reclamos echadizos
que desdeña mi ambicion:
para vencer con hechizos
me basta mi corazon.
Si el fuego que en él se encierra
no me conquista mi amor
en franca amorosa guerra,
nunca ha de faltarme tierra
sobre que llorar, señor.
Pero yo os canso sin duda
con mis necias relaciones:
¿qué sabe una esclava ruda
de lo que rompe ni anuda
tan sublimes aficiones?

(*Hace que se va.*)

Conde. No, por mi vida, Zelina,
no te apartes de mi lado;
tu voz es tan peregrina
que da á mi fé mortecina
un impulso inesperado.
Ven tú, el único testigo
del triste error de mi esposa
á ser mi guia, mi amigo,
que esta ofensa vergonzosa
quiero consultar contigo.
Crece oyéndote mi fé,
crece oyéndote mi amor
á la ingrata que adoré,
y al fin la perdonaré
si me hablas en su favor.
Y tú que como ella hermosa
y como yo enamorada
ves mi situacion penosa,
sé entre el esposo y la esposa
medianera y abogada.

Zelina. Yo no sé nunca rogar
ni por otros ni por mí:
yo cual sé en silencio amar,
cuando una ofensa sentí
me sé en silencio vengar.

Buscad otro consejero,
señor, que os hable en su abono;
mi corazon es tan fiero,
que cuando odio y cuando quiero
ni me olvido, ni perdono.

Conde. Eso te dice, Zelina,
tu corazon africano,
que á la venganza se inclina.

Zelina. Y eso el honor determina
que haga un noble castellano.
Ese atrevido frances
que entró una noche en su cuarto
contándolo irá despues,
y con una afrenta es harto
para quien honrado es.

Conde. Pues la muerte le haré dar
y callaré su arrogancia.

Zelina. ¿A el solo habeis de matar?
¿Creeis que nacida en Francia
ella os lo ha de perdonar?

Conde. ¡Esclava!

Zelina. El vulgo insensato
será fuerza que se asombre;
no faltará un mentecato
que pregunte sin recato:
¿por qué asesinan á ese hombre?
Y esta pregunta mordaz
estendida en breve espacio
por toda vuestra ciudad,
vendrá á retumbar tenaz
dentro de vuestro palacio.
¿Qué la podreis responder?
Nada, y con eco infinito
lo que era murmullo ayer
crecerá hasta ser un grito
que diga... *por su muger.*

Conde. Tienes razon, ¡ay de mí!
¡mas la amo tanto!

Zelina. Eso sí;
todo el amor lo perdona,
todo lo olvida y lo abona...
no en Africa... eso es aqui.

Conde. ¡Esclava! tú la aborreces,
y por eso me aconsejas
lo que tú sola mereces;
no insistas, pues, muchas veces.

Zelina. (*Con ironía.*) ¡Oh! si yo asi vuestras quejas
oyera tan sin piedad
como me acabais de oir
mi parecer, en verdad
que vos vuestra enfermedad
concluyérais con morir.
Consultad, pues, vuestro amor
y no vuestros intereses,
y de ese modo, señor,
el castellano valor
despreciarán los franceses.
Porque sabrán que Castilla
esclava de los placeres
ante sus damas se humilla,
y contra vos con mancilla
harán levas de mugeres.

Conde. Ten la lengua, ¡vive Dios!
que recordó tal injuria.
Zelina, mueran los dos.

Zelina. Mas tened cuenta que á vos
no os perjudique esa furia.
Vengaos, mas con cordura
una venganza buscad,
pronta, sí, pero segura,
donde el vulgo que murmura
adivine la verdad.

Conde. Pues bien, busca tú el camino;
en ese crimen mezquino
yo tener parte no quiero;
sentenciaré justiciero,
mas no mataré asesino.
Esta noche ha de venir;
da el encargo á algun villano
y hazle tú misma cumplir,
si es que le quiere admitir
algun pobre castellano.
(*Ruido dentro.*)
¿Qué ruido es este?

ESCENA II.

EL CONDE. ZELINA. UN CABALLERO.

Caballero. Señor,
por esos montes vecinos
se ve cada vez mayor
de hogueras el resplandor
que encienden los campesinos.
Conde. ¡ Vive Dios ! esas hogueras
nos avisan que los moros
pasaron nuestras fronteras.
Mandad salir mis banderas
y derramar mis tesoros.
Mi ejército tengo junto
para salir á afrontallos:
¡liza fatal les barrunto!
que venga Egídio: y al punto
que se ensillen mis caballos !
(*Vase el caballero.*)

ESCENA III.

EL CONDE. ZELINA.

Zelina. ¿ Vais al combate, señor?
Conde. Sí, que es cumplir con mi oficio.
Zelina. Ved que aun os falta vigor.
Conde. Me aprovecha el egercicio,
y la guerra es el mejor.

ESCENA IV.

EL CONDE. ZELINA. EGIDO.

Conde. ¡Hola ! os estaba aguardando.
Vos sois mi amigo mas fiel,
mientras que yo esté lidiando
de Burgos tendreis el mando:
si muero, alzaos con él.
Egídio. Don Garcia , ¿ y la condesa?

Conde. Egidio, es mi voluntad;
no quiero que en mi ciudad
mande nunca una francesa.
Obedeced y callad.

ESCENA V.

EL CONDE. ZELINA.

Conde. Tú es fuerza que mi honra cuides,
Zelina; escúchame bien
y mis palabras no olvides;
esa venganza deten.
Si ese hombre viene á palacio
esta noche, had que le prendan,
mas cuenta que no le ofendan
de mi ausencia en el espacio.
Toma ese anillo con sello
de mi casa; en ella ahora
mandarás como señora:
pero peligra tu cuello,
si me vendes... oye pues.
Si muero en esta jornada,
enviarás á esa menguada
á Francia con su francés.
Guárdalos presos sino;
que es tanto lo que la quiero
que la perdono, si muero;
sí; logre otro lo que yo
de ella jamás alcancé.
Y que me lo deba á mí:
¿entendistes?
Zelina. Sí á mi fé.
Conde. Todo cederá ante tí
con ese anillo ducal:
ese tu cabeza escuda,
y á tenerla de hoy te ayuda
en los hombros bien ó mal.

ESCENA VI.

ZELINA.

Está bien; si acaso muero
váyanse á Francia los dos...!
y quien pierda ¡ vive Dios!
seré yo sola... no quiero.
Si vence y vuelve, la gloria
su venganza acallará,
y de su amor volverá
á encenderse la memoria.
No han de salir de Castilla
mientras no pueda él tornar,
yo mi amor sabré vengar
pretestando su mancilla.
No; entonces ¿qué adelantaba?
tarde ó pronto esa muger
volviera orgullosa á ser
la señora y yo la esclava.
Volviera sobre mi faz
con ira á poner su mano,
y con sarcasmo inhumano
volviera á decirme audaz:
Silencio , esclava. Naciste
de moros hija , y cautiva
piensa que solo estás viva
porque en gracia me caiste.
Pues me placen tus cantares,
cantar es tu obligacion;
canta y di á tu corazon
que encarcele sus pesares.
Y sujeta á sus antojos
volveria yo á cantar
y en mi rabia á devorar
las lágrimas de mis ojos!
No: lidiemos desde ahora
cara á cara y por igual
y alcance el triunfo cabal
ó la francesa ó la mora.
Hassam!

ESCENA VII.

ZELINA. HASSAM.

Zelina. Conoces el sello
que el conde acostumbra á usar?
Hassam. Sí, como el perro el collar
con que le amarran el cuello.
Zelina. ¿Harás pues cuanto disponga
quien con él ciña su dedo?
Hassam. Y qué otra cosa hacer puedo?
haré cuanto me proponga.
Zelina. Mira.
Hassam. ¡El anillo! Sultana,
á vuestro esclavo mandad. (*De rodillas.*)
Zelina. Sírveme bien y mañana
cobrarás la libertad.
Hassan. Bella Houri que el Paraiso
en mis yerros me haces ver,
¿quién te dió tanto poder?
Zelina. Hassan, quien pudo y quien quiso.
Y aprende ó cuéntate muerto,
si has de vivir junto á mí,
que tan siervo eres aqui,
Hassan, como en el desierto.
Hassan. ¡Perdon, sultana, perdon!
Zelina. Levanta y escucha bien.
Este desde hoy es mi harén,
guardarle tu obligacion.
La que hasta aqui fue señora
desde este punto es la esclava,
y el puesto que ella ocupaba
le ocupa desde hoy la mora.
Ningun cristiano querria
tomar tal cargo sin mengua,
y á mas ninguno sabria
poner un freno á su lengua.
¿Entiendes?
Hassan. Sí.
Zelina. La francesa
de su misma habitacion

en el último salon
bajo esta llave está presa.
Tómala; y hadla salir.
(*Hassan entra en la habitacion de la condesa.*)

ESCENA VIII.

ZELINA. *Despues* ARGENTINA. HASSAN.

Zelina. Ahora saber es preciso
si al cabo sin otro aviso
el francés ha de venir.
Argentina. ¿Aquí Zelina? (*Saliendo.*)
Zelina. Aquí estoy.
Argentina. ¿Creia...
Zelina. Que el conde fuera
quien os llamase.
Argentina. Eso era.
Zelina. Pues no, condesa, yo soy.
Sentaos. Esclavo, sal.
Argentina. ¿Qué hace en mi cuarto ese moro?
Zelina. Llaves pone á su tesoro
á su gusto cada cual.
Argentina. Nunca al conde poner ví
su confianza en tal gente.
Zelina. Condesa, no es al presente
el conde quien manda aquí.
Argentina. ¡No entiendo...
Zelina. ¿No habeis oido
los atambores tocar?
Pues tras ellos á lidiar
el conde al campo ha salido,
y me deja en su lugar.
Argentina. ¿A tí? (*Con desprecio.*)
Zelina. A mí; mirad su anillo
ante el cual todo se humilla;
ya veis que soy en Castilla
cautiva de horca y cuchillo.
Argentina. ¿A tí el conde ese favor?
Zelina. A mí, y en vuestra presencia.
¿No es verdad que la insolencia
no puede ya ser mayor?

¿No es cierto que necesita
mucha destreza, señora,
para subir una mora
desde esclava á favorita?
¿No lo entendeis? La jugada
es cosa á fé de sorpresa.
Pero muy pronto, condesa,
olvidais mi bofetada.

Argentina. Esclava, ¿olvidas quién soy?
¿Olvidas que ese descaro
puede costarte muy caro?

Zelina. Ayer pudiera, no hoy.

Argentina. De mi boca una palabra
puede costarte la vida.

Zelina. Decidla, si sois servida;
mas no haya miedo que se abra
esa puerta á vuestra voz,
no; yo os tengo en mi poder,
y del bofeton de ayer
el desquite será atroz.

Argentina. ¡Cómo! ¿Osas tú, sierva vil,
amenazarme?

Zelina. ¿Quién sabe?
¿conoceis bien esta llave?

Argentina. ¡Cielos!

Zelina. Si un mozo gentil, (*Con ironia.*)
oculto en ese vergel,
una noche os esperára,
decid, ¿no os acomodára
para abrirle ese cancel?

Argentina. ¡Ah! ¡tú tambien me haces cargos!
¿Quién te contó, desdichada,
mi afrenta?

Zelina. Una bofetada
puede hacer de un topo un Argos.

Argentina. ¿Con que tú misma...

Zelina. Yo, sí:
cuando con la luz entré
ver al que entró no logré,
mas sus palabras oí.
Ademas, no se os esconde
que siendo yo su cautiva,

debo por mí, mientras viva,
velar el honor del conde.

Argentina. ¡Mucho miras por su honor!

Zelina. Aun mas de lo que os parece.

Argentina. Y mucho tu audacia crece.

Zelina. Va á la par con mi favor,
y á tan encumbrada altura
intento con él llegar,
que nadie me ha de alcanzar,
si lo que pienso me dura.

Argentina. Pues asegura tu puesto;
porque te quiero advertir
que tras de tanto subir
será caer muy funesto.

Zelina. Estoy ya bien prevenida,
y no quedará en el orbe
ni un escalon que me estorbe
la bajada ó la subida.
Mas no temais, recobraos;
quiero yo ser, sí por Dios,
mas generosa que vos.

Argentina. No te comprendo.

Zelina. Acercaos.
Díjome el conde al partir:
«si en esta jornada muero,
con ella, Zelina, quiero
que á Francia le dejes ir.
Guárdales presos sinó.»
Ahora bien: muerto ó triunfante,
de esta noche en adelante
que no os vea quiero yo.
Os ama con ceguedad,
y si os escucha, os perdona,
que todo el amor lo abona...
en quien ama con verdad.
En cuanto á él es otra cosa:
si vuelve, le hará morir;
y á fé que le hará sufrir
muerte dura y afrentosa.
Escoged pues; si os quedais,
todo lo recobrareis,
mas no le satisfareis

si á ese galan no matais.

Argentina. ¡Oh! no. Nunca.

Zelina. Querrá el conde
que á ello deis consentimiento;
solo esa prueba responde
de vuestro arrepentimiento.

Argentina. ¿Yo consentir en matarle?
No, Zelina.

Zelina. En ese caso
solamente resta un paso
por donde poder salvarle.

Argentina. ¿Que huya?

Zelina. No, el conde volviera,
y si á el francés no encontrára,
á ambas á dos nos matára,
y á fé que justicia fuera.

Argentina. ¡Justicia!

Zelina. ¿Pues no mirais
que en salvarle solo á él,
de vuestra conducta infiel
satisfaccion no le dais?
Mientras viva ese galan,
siempre ha de estar sospechando
que vos le estais esperando
con bien escondido afan.

Argentina. ¡Entonces...!

Zelina. ¿No lo entendeis?
¡andais torpe, vive Dios!
¿qué dificultad teneis?
idos á Francia los dos.
Yo os haré franco camino.

Argentina. Mas no comprendo, Zelina...

Zelina. Si se queda, le asesina.
Condesa, ese es su destino.

Argentina. No, á sus pies me arrojaré.
Conde, ¿no es harta distancia
la que hay de Burgos á Francia?
con lágrimas le diré.
Es cierto: le amé y me amó;
vino creyéndome infiel;
seamos felices sin él.
Condesa, ¿y lo seré yo?

Argentina. ¡Tú! pues bien, solo testigo
del crimen y del perdon
tendrás, sin contradiccion,
favor con él y conmigo.

Zelina. No me basta.

Argentina. Libertad...

Zelina No me basta.

Arhentina. ¿Qué mas quieres?

Zelina. Quiero que de dos mugeres
quedemos en la mitad.

Argentina. ¡Insensata!

Zelina. O vos ó yo.
habeis puesto en mí la mano
porque el favor soberano
al ponerla os escudó:
por veros en tal altura
pudisteisme á salvo dar;
quiero pues vuestro lugar
para enseñaros cordura.
¿Me habeis comprendido ya?
pues bien, partid con ese hombre,
mudad patria, trage y nombre,
y os perdonaré quizá.
Y ved si en ello medita
lo que la cuesta, señora,
el ascender á una mora
desde esclava á favorita.

Argentina. ¡Oh! ¡me atosiga el corage!

Zelina. ¡Tal vez osais resistir!
mas no me hagais otro ultrage,
porque os llevará á morir.
¿Cuándo vendrá ese galan?

(*Argentina mira con inquietud por todas partes, fijando un momento la vista en el balcon, y dice Zelina comprendiendolo.*)

¡Hola! esta noche... pues bien,
caballos haré que os den
y huid, que no os seguirán;
y huid hoy, porque mañana
si esta clemencia me pesa,
vuestra injuria de francesa
vengaré como africana.

Argentina. ¡Huir!

Zelina. No hay otro camino;
me ultrajásteis con encono,
y pues la vida os perdono,
bendecid vuestro destino.
Y no os queda otra esperanza,
ú os inmolan con furor
vuestro marido á su honor
y la mora á su venganza.
¡Pero silencio! oigo ruido
debajo de ese balcon.
¡os habeis estremecido!
me lo daba el corazon.
Entrad en vuestro aposento.
(*Entra Argentina y la cierra.*)

ESCENA IX.

ZELINA.

Y pues tengo unos instantes,
asegurarme quiero antes
del éxito del intento:
no sea que por torpeza
equivocando el camino,
venga á caer su destino
despues sobre mi cabeza.
Hassan.

ESCENA X.

ZELINA. HASSAN.

Zelina. Dos caballos pon
á la puerta del jardin,
mas atiende con que fin:
por ellos con precaucion
dos personas bajarán.
Si en el balcon ves lucir
esta luz, déjalos ir,

si no mátalos, Hassan.
¿Entiendes?

Hassan. Creo que sí:
si hay luz, ir les dejaré,
si no hay luz, les mataré.
¿Y despues?

Zelina. Vuélvete aquí.

ESCENA XI.

ZELINA. *Despues* LOTARIO.

Zelina. Se irritará el conde acaso;
mas le diré: huir quisieron,
y por su empeño murieron
al impedirles el paso.

(*Llaman á la puerta secreta y abriendo Zelina, entra Lotario embozado.*)

Hablad con tiento y caminad despacio,
señor frances.

Lotar. ¿Qué es esto, y Argentina?

Zelin. ¿No puede, dueña siendo de palacio,
aguardaros en cámara vecina?

Lotar. ¡Ah, está aqui!
(*Va á entrar, Zelina le detiene.*)

Zelin. Ahí está, mas deteneos.

Lotar. ¿Qué significa, esclava, esa arrogancia?

Zelin. Que es preciso acordar con mis deseos
vuestros deseos de volver á Francia.

Lotar. ¿Contigo? No te entiendo: habla mas claro.

Zelin. Oid pues: de esta casa soy señora
en ausencia del conde; sin mi amparo
nada podeis los dos... ¿me esplico ahora?

Lotar. Loca sin duda estás, pero te advierto
que el puñal de mi cinto, si me vendes,
dará en tu corazon golpe mas cierto
que el lazo de traicion que tú me tiendes.

Zelin. Muy mal me conoceis; si os le tendiera
seria tan sutil y tan seguro,
que ni el brazo mas firme le rompiera,

ni yo temblára del puñal mas duro.

Lotar. Tiembla del mio sin embargo, esclava;
porque si tu conducta no te abona,
á la menor sospecha en tí se clava:
delante ve que es mia tu persona.
De tu voz, de tu accion pende tu suerte,
guia pues de Argentina al aposento
sin mas efugios, ó te doy la muerte.

Zelin. ¿Y lograreis con ella vuestro intento?

Lotar. Pues bien, escucha; decision me sobra:
Ya estoy aquí y atras no he de volverme
sin concluir mi comenzada obra,
que nunca Roquefort del brazo inerme
temió de una muger.

Zelin. ¡Por vida mia!
¿Roquefort habeis dicho?

Lotar. ¿Mas qué veo?
¡mi cautiva eres tú!

Zelin. Y á lo que creo
Lotario vos.

Lotar. Sin duda.

Zelin. ¡Oh, Dios me guia!
Vos sois quien en las playas solitarias
donde logró arrojarnos la tormenta,
sin escuchar ofertas ni plegarias,
asisteis á la fuerza de nosotros
cual cosa hallada y de señor esenta
lanzada por la mar para vosotros!
Y apresasteis mi barco, y los tesoros
robásteis á mi padre, y en cadenas
poner hicisteis á mis siervos moros
al tocar de la playa en las arenas.
Sí, á Roquefort esclavos nos llevasteis,
nos hicisteis dormir con vuestros perros,
y cantar nuestro duelo nos mandasteis
al áspero compas de nuestros yerros.
Vos, torpe, mi cariño codiciando,
la libertad con vos me propusisteis;
yo desprecié vuestro cariño infando,
y vos para vengaros me vendisteis.
Pero ved la justicia vengadora
del cielo que se cansa de sufriros:

señor de Roquefort, llegó mi hora:
podeis de vuestra Francia despediros
porque á los pies de vuestra esclava mora
(*Cierra el balcon.*)
vais á exhalar los últimos suspiros.

Lotar. Tú eres, sí; te conozco en la fiereza
de tu indomable espíritu africano:
tú eres aquella indómita belleza
que el tormentoso mar puso en mi mano.
Te amé, te desprecié, te vendí luego,
mas te desprecio, esclava, todavia,
y con tu vida y tu fortuna juego
porque burlo tu astucia con la mia.

Zelin. ¿Aun me desafiais?

Lotar. Sí, el medio elige
de tu venganza que mejor te cuadre;
mas piensa bien que tu furor dirige
una sentencia igual contra tu padre.

Zelin. ¡Vive mi padre!

Lotar. Sí.

Zelin. ¿Cómo?

Lotar. Cautivo
como tú en Roquefort, y alli le espera
de mi fin de las nuevas al recibo
la misma suerte con que su amo muera.
¿Tiemblas? por Dios! ¿Creiste que olvidaba
que vivias aun y que tus iras
me acosarian siempre? ¡Necia esclava,
á medirte conmigo en vano aspiras!
¿lo oyes, esclava vil? Esta es mi hora!
tú eres quien postrada has de pedirme
y ve aqui la justicia vengadora
del cielo que se cansa de sufrirme.

Zelin. Pero estais en mi mano en este punto,
y si á mi fé mi cólera atropella,
á una voz de mi boca sois difunto:
zanjemos pues en paz nuestra querella.
Va mi destino con el vuestro junto:
dadme á mi padre y partireis con ella;
y ved, señor francés, que de otra suerte
asida á vuestro cuello está la muerte.
Y en el cambio no andeis con tal pereza;

escusadme ese gesto de ironia,
que jugamos cabeza por cabeza
y asegurada aquí tengo la mia.

Lotar. Bien ; consiento.

Zelin. Firmadme un pergamino
que haga libre á mi padre; á vuestro antojo
término señalad á su destino;
y huid á Roquefort con vuestro arrojo.
Pero mirad que al concluir el plazo
que á su vuelta figeis, si no parece,
á Roquefort alcanzará mi brazo
y el muro colosal que le guarnece
dejaré ¡vive Dios! hecho un cedazo;
y el gigante peñon donde envejece
será tras la esplosion de mis furores
cementerio no mas de sus señores.

Lotar. No tiemblo de tus iras mugeriles,
mas pláceme por Dios que asi acabemos.

Zelin. Trastornaron venganzas femeniles
el mundo alguna vez y... nos veremos.

Lotar. Basta, cautiva: volverá en seis meses
tu padre junto á tí. ¿Plácete?

Zelin. Admito.
Mas crecidos poneis los intereses.

Lotar. Si tengo de cumplir, los necesito.

Zelin. Sea y partid. Pero si el tiempo abanza
y concluyen los seis y no ha venido,
no os adurmais en necia confianza
allá en vuestros peñascos guarecido:
que si el leon desprecia la pujanza
del águila tal vez, entra al descuido
en su cueva la vívora traidora
y abate su arrogancia triunfadora.
Y mirad que si olvidan sus promesas,
su amor ó su venganza las francesas
por su cobarde condicion liviana,
yo francesa no soy, sino africana.

ESCENA XV.

LOS MISMOS Y ARGENTINA.

(*Abre Zelina á la condesa que sale.*)

Salid, condesa, y escapad sin miedo.
En el jardin esperan dos caballos,
y yo detras para ampararos quedo.
Argen. ¿Tú? ¡Traicion infernal!....
Zelin. No, no hay ninguna,
No me esteis de vivir agradecida,
que, aunque sin honra, si salvais la vida,
quien os salva no soy, es la fortuna.
Silencio, vive Dios, y huid.
Lotar. Partamos:
ven sin temor, que su interés la inspira,
¡y ay de tu padre, si vendidos vamos!
Zelin. ¡Ay de tí, Roquefort, si el plazo espira!
(*Vanse Lotario y Argentina por la puerta secreta. Zelina abre el balcon y poniendo en él la luz para que sirva de señal á Hassam, aguarda.*)

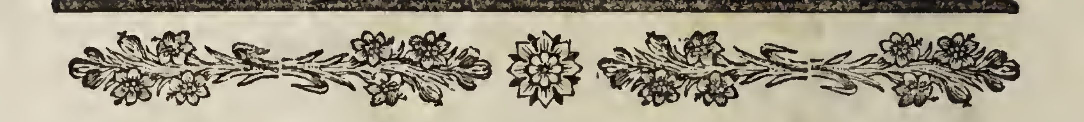
ESCENA XIII.

ZELINA. *Despues* HASSAN.

Zelin. Cuidemos de que Hassan no se equivoque,
y errando su leccion, en un momento
de mi esperanza el pedestal derroque.
(*Escuchando.*)
(*Mirando.*) Salen... se ocultan ya... ya no los siento.
(*Pausa.*)
¡Qué incertidumbre, Dios mio!
mas ya del cancel resuena
el cerrojo y la cadena
por el corredor sombrío.
(*Abre.*)
Ya suben. ¿Quién va?

Hass. Yo.
Zelin. Hassam,
¿qué has hecho?
Hass. Libres los dos
á escape, señora, van.
¿Hice bien?
Zelin. ¡Sí, vive Dios!





Acto tercero.

Interior de una torre del castillo de Roquefort, con vista del campo. En este interior hay dos puertas: una en el fondo y otra á la izquierda, y una ventana alta á la derecha.=Una lámpara colgada de la bóveda alumbra la escena. El esterior representa parte de la muralla que cerca el castillo, en la cual habrá una puerta con su puente levadizo practicable. El foso sobre que cae este puente toma el agua de un torrente ó cascada que se despeña en lontonanza por las montañas.

ESCENA PRIMERA.

ARGENTINA Y GENARO, *dentro de la torre.*

Argentina. No, el infeliz no se calma,
esa vision espantosa
no se aparta de sus ojos,
y oyendo está á todas horas
esa carcajada horrible.
Genaro. ¡Ah! reportaos, señora:
solo el tiempo es el que puede
calmar su afan.
Argentina. Te equivocas,
Genaro; cuenta los dias
con constancia escrupulosa,
y ese vano emplazamieuto
no sale de su memoria.
¡Ay de mí!
Genaro. Ese hombre á la puerta
está aguardando, señora.

Argentina. Mas, ¿quién le envia? ¿qué quiere?
Genaro. De vuestro padre se nombra
mensagero.
Argentina. ¡De mi padre! (*Con dolor.*)
no quiero verle, me ahoga
el empacho y la vergüenza,
y hallar no sabré en mi boca
palabras con que ocultarle
el pesar que me devora.
¡Mi padre! vendrá á culparme
mi condicion... y le sobran
las razones: ¡ay! á ellas
¿qué he de replicarle ahora?
No, no: que nunca penetre
esta amargura recóndita
con que la tenaz conciencia
el corazon me destroza.
Dile que parta, que nunca
vuelva á Roquefort.
Genaro. ¡Señora!
Argentina. No quiero verle, Genaro.
Genaro. ¿Mas pensarán en Tolosa...
Argentina. Cuanto quieran imaginen,
que en dulce y encantadora
soledad paso la vida
enamorada y dichosa.
Que ciega y desatentada
con esta pasion diabólica
que el corazon me esclaviza,
ni ver ni oir otra cosa
que mi amor quiero... Sí, júzguenme
como les plazca, en buen hora.
Mas que no entiendan, Genaro,
que con este amor á solas
de Roquefort encerrada
en la vivienda mas lóbrega
maldigo la desventura
de existencia tan odiosa.
Que parta pues, y que parta
sin verme.
Genaro. Ved que os importan
las nuevas que á daros viene,

pues que tan de cerca os tocan.
Argentina. No quiero oirlas, que parta.
Genaro. Es que si veros no logra,
amenaza dia y noche
con esperaros.
Argentina. En cólera
cambiará ese hombre mi duelo
y hará que por todo rompa.
Genero. Al menos de vuestro padre
por la sagrada memoria
recibidle, porque nunca
imagine que injuriosa
afrenta hacerle quisisteis
de ese enviado en la persona.
Argentina. Condúcele, pues, aqui,
y esa idea vergonzosa
no pase nunca por él,
que al fin soy su sangre propia.

ESCENA II.

ARGENTINA.

Permite, indignado cielo,
que sufra el dolor yo sola;
pues mia es solo la culpa
como es mia la deshonra.
Permite que á sus oidos
llegue mi voz mentirosa,
y crea el triste mi falsa
felicidad ilusoria.
Permite, sí, que me juzgue
ese buen padre que llora
la afrenta que hago á su estirpe,
cuanto culpable dichosa,
y goce con ese engaño...

ESCENA III.

ARGENTINA. GINES. GENARO.

Gines. Dejadnos á ambos á solas.
Genaro. Es imposible, buen hombre.
Argentina. ¿Quién va?
Gines. Perdonad, señora:
¿sois Argentina?
Argentina. ¿Sois vos
quien á mi padre me nombra
para pedirme una audiencia?
Gines. Sí. Y no os estrañe la hora,
ni os asombren para veros
palabras tan perentorias.
Argentina. Pues os recibo, ya veis
que nada de vos me asombra.
Las gentes de mi castillo
á una seña mia prontas,
no os dieran tiempo á lograr
cualquier intencion traidora.
Gines. Es que lo que he de deciros
es fuerza que solo lo oigan
vuestros oidos.
Argentina. Buen hombre,
recelos me dais ahora
de que vuestras intenciones
no son de lo que blasonan.
Gines. Serenaos, Argentina;
ya sé que con recelosa
prevision de este castillo
se guardan las puertas todas.
Ya sé que nadie penetra
bajo sus antiguas bóvedas
sin un examen prolijo,
y sin que satisfactorias
razones de sus intentos
con ingenuidad esponga.
Ya sé que en este castillo
el miedo y el pesar moran.
Argentina. ¡Miserable!

Gines. Reportaos,
que hablais con una persona
que os ha mecido en la cuna
en la corte de Tolosa,
de vuestra agitada vida
en la malhadada aurora.

Argentina. ¿Quién sois pues? Vuestras palabras
en el corazon me tocan,
y vuestra voz reconozco.
¿Quién sois?

Gines. Miradme, señora.

Argentina. ¡Gines!

Gines. Gines, que há dos meses
que vuestro castillo ronda
para lograr este instante.
Conque los espías sobran.

(*A una seña de Argentina sale Genaro.*)

ESCENA IV.

ARGENTINA. GINES.

Gines. Inútil será que os diga
lo que mi viage ocasiona...
¡Ah! no me torneis el rostro;
ya sé que tristes memorias
en vos mi presencia escita,
mas perdonadme. En Tolosa
queda un anciano que há un año
que vuestra pérdida llora.
¡Pobre conde, vuestro padre!
¡el aliento le abandona,
las pesadumbres le acaban!

Argentina. ¡Ah, callad!

Gines. De Burgos loca
huísteis... mas no toquemos
tan lastimeras memorias:
huísteis enamorada
ansiando mas venturosa
vida... y ciega por el hombre
que pérfido os abandona.

Argentina. ¡Qué es lo que dices, Gines!

Gines. Fingís en vano, señora;
yo os acecho hace dos meses
bajo apariencia engañosa.
Ya como pobre mendigo,
ya de campesino en forma,
os seguí por todas partes
con vista escudriñadora,
y os encontré en la alameda,
y en la caza... sí, y en todas
partes pálida, sombría,
solitaria y melancólica
os ví, cual juguete inútil
que fastidia y se abandona.
Argentina. ¿Qué estás diciendo, menguado?
Gines. Yo, que pasé tormentosa
una existencia tambien,
fuerza es que el mundo conozca.
La edad ha dado á mis ojos
perspicacia portentosa,
y á mi corazon prudencia
y esperiencia previsora.
Roquefort ama, Argentina,
pero tal vez no á vos sola,
y os asesinan los celos...
¡Ay! de una manera ó de otra
concluirá por odiaros.
Argentina. ¡Serpiente fascinadora,
deten esa torpe lengua!
¡por cierto que es prodigiosa
tu perspicacia, y los años
te han dado esperiencia loca!
Gines. En vano disimulais
vuestra situacion, señora,
y escuchad.—Yo soy un viejo,
pero decision me sobra,
y Dios ayuda á los buenos.
Esta mansion donde mora
vuestra deshonra y su crimen
dejad, y resuelta y pronta
venid donde vuestro padre
vuestras desventuras llora.
Sí, huyamos de esta caberna,

partámonos á Tolosa,
donde á lo menos con lágrimas
lavareis vuestra deshonra.

Argentina. ¡No, buen viejo! que hay injurias
que con llanto no se borran.

Gines. Y esas injurias, ¿por qué
te avergüenzan ó te enojan,
cuando aqui con tu presencia
tú te injurias á tí propia?
Vuelve á tu padre; á tu nido
vuelve, estraviada paloma,
cruza golondrina errante
la mar, y á tu patria torna.

Argentina. Nunca, Gines; ¡yo á los brazos
del buen conde de Tolosa,
que en honra me habia criado,
podria volver sin honra!
Jamás, el viento impetuoso
de mi suerte borrascosa
seguiré, y sea, buen viejo,
la que quiera mi derrota.

Gines. ¡Ah! cede, pobre Argentina,
por compasion á tí propia.
Serás de ese libertino
víctima al fin.

Argentina. Te trastorna,
Gines, tu crédulo engaño.
Roquefort me ama, me adora,
pero me castiga el cielo
con esa pasion diabólica.
Por mí atropelló peligros,
cometió acaso espantosas
culpas que al cielo indignaron,
faltó á su palabra propia,
y provocó una venganza
que amaga tal vez muy próxima.
Sí, Gines, por mí tan solo,
por mí vive entre estas rocas
con mi presencia encantado,
é idolatrando mi sombra;
mas este amor es un crimen,
y el cielo que siempre abona

al justo, con este amor
la vida nos emponzoña.
Locura fatal le asalta,
pánico terror le acosa,
y mi mismo amor maldice,
que es el bien solo que logra.

Gines. Huye de él, pobre Argentina,
húyele.

Argentina. ¡Huirle, y ahora
que espera solo en mi amparo
una salvacion dudosa!

Gines. Acuérdate de tu padre
que desconsolado llora.

Argentina. Puede mi amor mas en mí.

Gines. Pues bien, oye lo que ignoras:
te reclama el castellano
con voz amenazadora;
ha enviado á tu pobre padre
una embajada afrentosa
fijando un plazo á seis meses,
y con saña vengadora
si en ellos á tí no alcanza,
guerra fatal le provoca.

Argentina. ¡Seis meses!

Gines. Seis, y al fin de ellos
nadará en sangre Tolosa:
vuelve á tu padre y...

Argentina. No, nunca.

Gines. Vas á la muerte.

Argentina. No importa.

Gines. Bien, pues tu negra fortuna
y tu porvenir arrostra.
Castilla y Tolosa á un tiempo
su ira sobre tí desploman.
(*Va á salir.*)

Argentina. Aguarda, Gines; aguarda,
mísero anciano, y perdona
á mi pobre corazon,
presa de horribles congojas.

Gines. No, no hay perdon, Argentina:
ó este castillo abandonas
para siempre... ó tu destino

fatal se cumple.

Argentina. En buen hora.
Yo le amo, Gines; no puedo
con esta pasion furiosa
que mis sentidos cautiva
y ante Roquefort me postra.

Gines. Maldiga Dios, hija infame,
esa pasion que te torna
para quien busca tu dicha
en vívora venenosa.
Maldígala Dios mil veces.
y traiga pronto la hora
en que su plazo se cumpla,
y en que la guerra se rompa. (*Vase.*)

ESCENA V.

ARGENTINA.

Cúmplase de una vez, cúmplase el plazo
que amaga por do quier nuestra cabeza,
de este agüero fatal rómpase el lazo,
yo arrostraré mi suerte con fiereza.
Volveria tal vez si solo amante
mi pobre corazon se lastimara,
si fugitiva, satisfecha, errante,
mi patrio suelo sin razon dejara.
No quedando al volver tras de mi huella
ese infeliz Lotario, ¡oh! volveria;
mas tal resolucion le mataria:
no, jamás volveré, pese á mi estrella.
(*Asoma Lotario y escucha.*)
¡Seis meses! reconozco de tu mano
la negra marca, miserable mora:
tú das al corazon del castellano
el temple de tu saña vengadora.

ESCENA VI.

ARGENTINA. LOTARIO.

Lotar. ¿Quién habla de venganza? ¿quién augura
de ese plazo fatal el cumplimiento?
¡A quién esas palabras de amargura
torpe revela tu traidor acento?
¡Reconozco, dijiste, de tu mano
la negra marca, miserable mora!
¿A quién contabas, corazon villano,
ese secreto aterrador ahora?
¿De quién era esa voz que yo escuchaba
contigo aquí? Respóndeme, Argentina:
¿quién en este salon contigo estaba?
¡Callas! Ay, tu silencio me asesina.
¿Con que es verdad al fin? Pobre alma mia,
¿con que tambien á tí te se aparece
esa horrible vision? ¿no es fantasía
que en mi abrasada mente se guarece?
Arg. Calma, Lotario, calma la tormenta
de tu agitado corazon: ni ahora,
ni nunca esa vision que te amedrenta
se mostró ante mis ojos vengadora.
Lotar. Mas hablabas de un plazo... ¿Quién te oia?
(*La toca.*) ¡Fria tu mano está, tu rostro pálido!
¡Ay! bien mi corazon me lo decia,
contigo estaba mi fantasma escuálido.
¿Qué queria de tí? Dímelo.
Arg. Nada.
Serénate, mi bien.
Lotar. Luz de mis ojos,
perdona á mi cabeza trastornada
mis ayes, mis quimeras, mis antojos.
¿Tú me dices que no? Bien, yo te creo.
No quiero, no, que nunca te atormente
ni cuidado ni afan; y sobre todo
te prohibo, Argentina, es mi deseo
que no mires jamás á ese torrente.

Arg. Bien, nunca miraré si lo deseas.
Lotar. No te asomes jamás á esa ventana;
y esto no es un capricho, no lo creas.
Arg. Lo haré asi, Roquefort, de buena gana.
Lotar. ¡Oh! tú eres, alma mia,
el angel puro que mis pasos guia,
la blanca luz que alumbra mi camino
por el largo herial de mi destino.
Solo á tu lado cesa
ese vago temor que me persigue,
esa sentencia que en mi frente pesa,
esa vision que por do quier me sigue.
Arg. Ya te asalta otra vez tu desvarío:
aleja de tu mente esas visiones;
háblame de tu amor, habla del mio.
Lotar. ¡Desvarío, Argentina, le supones!
¡Ah! tú no sabes la sangrienta historia
de esa vision que sale por do quiera
mis ojos á espantar y mi memoria
con torba faz y carcajada fiera.
¡Oh! sí; si tus oidos la alcanzaran,
si la vieran tus ojos cual los mios,
tu corazon tambien amedrantaran
esos que llamas tú mis desvaríos.
Si la vieras en torno eternamente,
ya atravesar la atmósfera vacía,
ya estenderse ante el sol de ocaso á oriente,
ya plegarse en la bóveda sombría:
si al abrir una puerta, una ventana,
al cruzar un salon, un pasadizo,
vieras cual yo de la vision liviana
el medroso contorno movedizo;
si al ¡ay! que te se escapa convulsivo
con el pavor, por la techumbre hueca
oyeras del espectro fugitivo
la carcajada mofadora y seca...
¡ay! Argentina, como yo temblaras,
noche tras noche como yo velando,
muda y transida de terror pasaras
la aparicion fatídica espiando.
Arg. Siempre, Lotario, siempre esa quimera
en tus ojos está, vive en tu mente.

Lotar. Siempre, sí, me persigue, eternamente
va delante de mí por donde quiera.
Los ojos llevo al sol, y allí la encuentro;
la mano al corazon, y allí la toco;
de ella giro en redor, ese es mi centro,
de mi eterno pesar ese es el foco.
¡Es una historia cruel!
Arg. Calla, Lotario.
Lotar. Horrible, ¿no es verdad?
Arg. Mas fabulosa.
Lotar. ¡Fabulosa! ¡óyela!
Arg. No es necesario:
cállala por piedad, calla y reposa.
Lotar. ¡Reposar! ¡y á mis ojos incesante
ese maldito esclavo se presenta,
y con calma infernal me está delante
y del plazo fatal las horas cuenta!
¡Mírale! ¿no le ves? con una mano
la cerviz de sus hombros dividida
se sujeta tenaz... y al castellano
con la otra ofrece mi aplazada vida.
Sí, la tengo aplazada ¿no lo sabes?
en seis meses no mas.
Arg. ¡Calla, amor mio!
Lotar. Y se van á cumplir.
Arg. Calla, no acabes.
Lotar. ¡Oh! no creas que es esto un desvarío
de mi imaginacion, no; escucha: ese hombre
tenia una hija; mas como él infame,
sierva como él... Zelina era su nombre.
Arg. ¡Por piedad, santo Dios, amparo dame!
Lotar. ¡A Dios invocas! Bueno; mas escucha.
Yo que siempre te amé, llegué á Castilla
tras larga, interna y congojosa lucha
conmigo mismo; atravesé la orilla
del Arlanza una noche: á tu palacio
llegué: subí por caracol oscuro
y crucé un corredor que en el espacio
abierto estaba del macizo muro.
¿A quién buscaba yo? A tí, Argentina;
mas tú no fuistes quien á hablarme vino,
no, fue esa esclava vil, esa Zelina,

esa fatal muger que es mi destino. (*Pausa.*)
Dame á mi padre y partirás con ella,
me dijo.—Sea pues.—Señaló un plazo:
seis meses.—Huye.—Huí... ¡contraria estrella
á Francia nos guió! Tendí mi brazo,
quebranté las cadenas de ese moro,
«¡á Burgos! le grité, libre te dejo.»
Le dí caballo, lanza, guía y oro;
mas ¿qué hizo de ello?... ¡miserable viejo!
en vez de bendecirme y de besarme
la mano liberal, mi mismo acero
levantó contra mí para matarme.
¡Ira de Dios! lancéme yo primero
sobre él, le arranqué el hierro, á mis soldados
«¡matadle, dije, sin piedad! que muera.»
Pero al asirle á ello preparados,
con salvaje valor, con calma fiera,
clavando en mí fatídica mirada,
¡*cuenta*, dijo, *seis meses*, *y es tu vida*!
y me tiró su ronca carcajada
con desprecio á la faz descolorida.
¿No la ves? aqui está: su marca impresa
quedó en mi corazon, quedó en mi frente,
y su cabeza vil no entró en la huesa,
no, que á mis ojos la sorbió el torrente.
Allí está; ¿pero sabes lo que aguarda?
Que espire el plazo, sí, por eso mora
del agua turbia entre la niebla parda
contándome la vida hora tras hora.
Por eso de esa reja acolgajada
en nocturna vision se desenvuelve,
y al oir mi rabiosa carcajada,
con eco funeral me la devuelve.
Mas es un sueño, sí... mentira todo;
de su impotente prediccion me rio...
(*Rie, y el eco devuelve la carcajada.*)
Mas me la vuelve, sí, del mismo modo
me la vuelve, ¿lo ves? ¡no es desvarío!
(*Cae en la silla.*)

Arg. Yace un momento, desdichado, en calma;
descansa en tu desmayo uno siquiera,
mientras yo lloro desgarrada el alma

el negro porvenir que nos espera.
¡Genaro, pronto aquí!

ESCENA VII.

LOTARIO. ARGENTINA. GENARO.

Gen. ¿Qué es, Argentina?
Arg. ¡Mira!
Gen. ¿Otra vez?
Arg. Y mil y eternamente.
Gen. Ese tenaz delirio le asesina.
Arg. Le mata ese recuerdo lentamente.
Sí, como siempre á ese peñasco hueco
que está debajo en su terror se asoma,
siempre la risa le devuelve el eco,
y él por la voz de su vision la toma!
¡Triste de mí! ¡la celestial venganza
sigue mi culpa por do quier! lo veo.
¡Cuán desdichada soy! ¡no hay esperanza!
morir con él, Genaro, es mi deseo.
Mas no, yo lidiaré con mi destino,
Genaro: sí, de Roquefort salgamos;
será menos siniestro nuestro sino
en cualquiera region donde vayamos.
La Italia, la Borgoña, la Inglaterra
asilo nos darán; nuestra mancilla
allí ocultemos, y pongamos tierra,
Genaro, entre nosotros y Castilla.
Partamos antes que se cumpla el plazo,
y espire ese infeliz con su locura;
y antes que á Roquefort tienda su brazo
Castilla, huyamos en la noche oscura.
Gen. Teneis razon, partamos.
Arg. Ese anciano
que se vuelva á Tolosa antes del dia,
y nuestra fuga ignore; al castellano
y al conde nuestro rastro marcaria.
Gen. Al punto partirá. ¡Pobre Lotario!
Arg. Déjale reposar: le es el reposo
el único calmante necesario:

calma el sueño su espíritu afanoso.
¡Duerme, bien mio! duerme, y si piadoso
el cielo me concede solo un hora,
un hora escasa de merced y amparo,
lejos de aqui os hallará la aurora.

Gen. ¡Argentina!

Arg. ¡Ay de mí! vamos, Genaro.

ESCENA VIII.

LOTARIO *desmayado arriba.* EL CONDE *armado y con visera.* ZELINA *con velo, y* HASSAN *abajo.*

Conde. ¿Llegamos ya?

Zelina. Sí señor.

Conde. ¿Esta torre les esconde?

Zelina. Este es su castillo, conde;
ya estamos en Roquefort.
¿Traeis decision?

Conde. Me sobra.

Zelina. ¿Será fuerza recordaros...

Conde. Basta, mora, de reparos.

Zelina. Pues bien, manos á la obra.

Conde. Espera.

Zelina. ¿Dudais?

Conde. Escucha:
para entrar en esa torre
poca gente nos acorre.

Zelina. No necesitamos mucha.
Con la razon y el furor
que traigo, y con mi arrogancia,
no temo á toda la Francia,
cuanto mas á Roquefort.
Para que esta fortaleza
se desplome á nuestros pies,
mas que el poder útil es
señor conde, la destreza.
No, por Dios, no por medio año
la ira en mi pecho escondí
para trocar hoy aqui
los frenos en nuestro daño.

Lenta y cautelosamente
he acechado yo mi presa
como entre la yerba espesa
escondida la serpiente.
Busqué mi ocasion feliz,
y la busqué con tal tino
como aquella su camino
entre raiz y raiz.
¡Oh! sí, la venganza es esta:
y habrá de ser Dios mediante,
á nuestra injuria bastante,
y á Roquefort bien funesta.
Pero si no os sentís vos
con razon harta ó coraje,
podeis deshacer el viaje,
yo cumpliré por los dos.

Conde. Me ahoga el furor, Zelina,
solo esas torres con ver.

Zelina. (*Con intencion muy marcada.*)
Y en esa hay luz; puede ser
que esté alumbrando á Argentina.

Conde. No me la nombres.

Zelina. ¿Por qué?

Conde. Ese recuerdo me mata.

Zelina. (¡Aun á esa francesa ingrata
su corazon guarda fé!)
A lo que estoy, castellano,
comprendiendo en tu semblante,
no tiene brio bastante
tu corazon ni tu mano.
Mas para tu bien te advierto
que al amor y á la venganza
va sin freno y sin templanza
mi corazon del desierto.

Conde. (*Con calma.*) ¿Y crees tú que sin furor
dí cima á tan largo viaje?

Zelina. Pues no olvideis el ultraje
que os arrastra á Roquefort.
Aquella noche espantosa
en que vencedor del moro
cambiasteis por gloria y oro
el amor de vuestra esposa.

Conde. Silencio, esclava... por Cristo
terrible noche fue aquella,
y solo yo lloré en ella
la gloria que á España dí.

Lotario. Pasó esa fantasma fiera...
Respiro al fin... ¡ay de mí!

Zelina. (Siempre ese fatal recuerdo
le exaspera y le atosiga.)

Conde. Esa memoria se abriga,
vive eterna aqui.
Sí, yo entré entonces en Burgos
al doblar de los tambores,
con mas aplausos y honores
de los que soñé jamás;
pero llegué á mi palacio,
y al pasar por sus dinteles
¡ay! mis honrosos laureles
maldije, y mi ser quizás.
Las puertas ví de mi alcázar
para recibirme abiertas,
mas nadie salió á mis puertas
para darme el parabien;
y los siervos y las damas
que dejé en él en mi ausencia,
esquivaron mi presencia
cual de mi gloria en desden.
En vano me entré iracundo
por mis puertas adelante
llamando con voz pujante
á mi gente desleal;
solo el eco que en las bóvedas
cóncavas se guarecia,
á mis voces respondia
con lamento funeral.
Rabioso pregunté: ¿dónde
mi servidumbre se encuentra?
y el eco me dijo: *entra*;
y entró en mi alma el pavor.
Con voz esclamé doliente:
¿qué es de mi esposa querida?
y el eco me dijo: *¡ida!*
con acento de dolor.

Con voz iracunda dije:
¿no hay quien me dé una respuesta?
y el eco me dijo: *esta.*
Y ahogándome de furor,
¿quién, dije, en mi casa propia
me mofa con arrogancia?
y el eco retumbó: *¡Francia!*
por el largo corredor.
Lancéme por él al punto
por un instinto guiado,
crucé el corredor aislado
y al oratorio llegué;
abrí la puerta con ímpetu,
y al tender dentro los ojos,
en torno al altar de hinojos
á mis gentes encontré.
¿Qué es esto? dije asombrado
de lo que en ella veia:
¿pensábais, pues, que vendria
mi alcázar propio á asaltar?
¿Por qué os acogeis al templo?
¿qué es esto, gente menguada?
pero la turba callada
ni aun la vista osaba alzar.
Hasta que entrándome airado
por la mansion religiosa
y el semblante de mi esposa
no alcanzando ver allí,
así con ira del cuello
al que topé mas cercano,
y con la daga en la mano,
le dije iracundo así:
¿Adónde está la condesa?
dí, ó mueres tras mi demanda;
y el eco murmuró: *andá*;
porque aquel hombre calló.
Hablad, por Dios, dije atónito
vuestro dolor que me arguye:
¿do está mi Argentina? *¡Huye!*
el eco sordo gimió.

Lotario. Déjame, historia tremenda;
tu recuerdo me estremece,

hasta en sueños me pareco
que te escucho por do quier.
(*Vuelve á reclinarse.*)

Conde. ¡Y huia en verdad de Burgos:
huia de mí, Zelina!

(*Desde aqui debe verse en esta escena escesivamente marcado el secreto amor del conde y la incertidumbre de la mora.*)

Zelina. (¡Siempre la misma Argentina,
siempre esa fatal muger!)

Conde. (Siempre ese triste recuerdo
la da á la infeliz enojos,
y se agolpan á sus ojos
las lágrimas sin querer.)
¡Tú lloras, mora!
(*Vuélvese de repente.*)

Zelina. Señor...

Conde. Zelina, á traves del velo
te ví llorar ¡vive el cielo!
al dar vista á Roquefort.
Seis meses ha, tu tristeza
te está el corazon royendo,
y por tu llanto comprendo
que se mengua su entereza.
Seis meses ha, y no me has dicho
la razon de tu pesar...
si yo la he de averiguar,
nada debo á tu capricho.

Zelina. Seis meses ha que yo sola
mi tristeza estoy sabiendo,
pero mi llanto comprendo
que mi firmeza acrisola.
Y si en seis, de mi tristeza
no habeis dado en la razon,
no tiene mi corazon
culpa de vuestra torpeza.

Conde. Si un corazon africano
puede al par con dos pasiones,
para dos, dos corazones
necesita un castellano.
Porque él se entrega á una sola
todo entero, y mas no avanza

hasta que entera la alcanza
con entereza española.
Conque ese llanto deten,
que si á la venganza vas
mientras vengada no estás,
llorar tu amor no está bien.
¿Has entendido?

Zelina. ¡Quizá!

Conde. Pues echa á un lado tu amor
y vamos á Roquefort,
que allí la venganza está.
Y pues la noche se anda
á largo paso, al rastrillo
llega, Hassan, de ese castillo,
y al castellano demanda
para esta noche hospedage,
que fuera muy triste paso
hacernos dormir al raso
despues de tan largo viage.

Hassan. Harélo asi.

(Hassan va á subir y se detiene al oir á la mora que le dice.)

Zelina. Hassan, detente,
que siento el puente crugir
y va tal vez á salir
sin apercibirnos gente.

ESCENA IX.

LOTARIO, *en la torre.* EL CONDE. ZELINA Y HASSAN, *ocultos.*

(Bájase el puente y salen por él Genaro y Ginés.)

Gines. ¿Conque me echa del castillo
de la noche á la mitad?

Genaro. Por ese sendero echad
y hallareis un bosquecillo
donde podeis recogeros.

Gines. A fé que esta fortaleza
mas que casa de nobleza
es mansion de bandoleros.

Pero no tardará mucho
ese torrente en seguir,
que el plazo se va á cumplir.

Lotario. ¡Santos del cielo, qué escucho!

Gines. Y dígale á su señor
que rayan dias mejores
y traerán nuevos señores
al solar de Roquefort.

Genaro. ¡Bueno!

Lotario. ¡Otros dueños aquí!
¿quién dice tal impostura?

(Va á acercarse á la ventana para mirar y retrocede con temor.)

no, no; que me da pavura
esa ventana ¡ay de mí!
no, como siempre mi huella
saldrá ese espectro á tener...
mis ojos no pueden ver
mas que su sombra tras ella.

(Durante estos versos Gines desaparece. Genaro se adelanta hasta la peña en que se apoya el puente. Hassan trepa por ella hasta colocarse entre Genaro y el puente. El conde y Zelina aparecen un momento despues, y al huir de ellos Genaro, da con Hassan, le sorprenden y mientras le atan &c. &c. = Dice arriba Lotario.

Genaro. ¡Ay!

Lotario ¡Que lamento! ¡Ahí está!
bien decia yo; ella es!...
esa cabeza... ven pues,
espectro, á mis manos ya.
Ven, aparicion liviana,
de quien siempre me dividen
y á quien destrozar me impiden
los hierros de esa ventana.
Ven, trae un cuerpo real,
cruza ese oscuro dintel
y ven á lidiar con él
cuerpo á cuerpo y por igual.
Ven, no te temo asi, no:
y en lucha desesperada
con tu postrer carcajada

cantaré mi triunfo yo.
Zelina. (*Abajo.*) Ahora por ese postigo
meted, conde, vuestra gente.

ESCENA X.

LOTARIO. ZELINA.

(*El conde queda guardando á Genaro: Hassan parte hácia el bosque: Zelina pasa el puente y entra en el castillo.*)

Lotario. (*Arriba.*) ¡Oh, callas traidoramente!
no, no te atreves conmigo.
¡Cobarde! yo te provoco
y tú con pavor te escondes!
¡te llamo y no me respondes!
¡por Dios que vales bien poco!
¡Me temes, espectro, sí,
ahora que me ves con brio!
pues bien yo te desafio.
Zelina. (*Entrando en la torre por la puerta del fando.*)
Pues bien, Lotario, héme aquí.

ESCENA XI.

LOTARIO Y ZELINA, *en la torre.* EL CONDE, *en el puente.*

Lotar. Tú, tú, ¿quién eres tú?
Zelin. ¿No me conoces?
¡yo su espiritu soy, yo soy su hija!
(*Aparta el velo.*)
Lotar. ¡Mi esclava!
(*En esta escena muestra Lotario la vaguedad de la demencia.*)
Zelin. Y héme aqui pronta á tus voces.
Lotar. Luego bajo tu forma se cobija
su ser, y en su lugar te me apareces!
pronta á mi voz...
Zelin. Sí, sí; ya espiró el plazo
y en vano de tus torres te guareces,
polvo las torna mi potente brazo.
¿Qué has hecho de mi padre?

Lotar. (*Con pavor.*) ¡Esclava, calla!
duerme allí su cabeza, en el torrente,
y esa reja no mas sirve de valla
entre el espectro y yo.
(*Zelina va á asomarse y Lotario la detiene.*)
¡Necia, detente!
detente, sí; ¿no ves que al asomarte
la vas á despertar, y ella irritada
se asomará tambien de la otra parte
lanzándote á la faz su carcajada?
Zelin. ¡Miserable de tí! ya te comprendo:
tu conciencia me venga de tí mismo.
Lotar. ¿Me comprendes? Pues bien, lo estás oyendo:
no te asomes jamás, hay un abismo.

ESCENA XII.

DICHOS. ARGENTINA, *con velo, que al salir por la izquierda da un grito.*

Arg. ¿Cielos, aquí la esclava?
Zelin. Aquí, señora:
del plazo que otorgué pasó la hora
y héme aquí ya.
Arg. ¡Y qué quieres, desdichada!
(*Señalando á Lotario.*)
la mano del Señor hirió su mente,
y estás del cielo por demas vengada.
Zelin. Condesa, ya lo sé; no quiero nada
de ese hombre, le perdono.
Lotar. ¡Dios clemente,
tú puedes perdonarme! ¡Oh! ¿me perdonas?
Sí, viven en tu ser ambas personas:
tú acudiste á mi voz, y eres, lo has dicho,
el espíritu que habla en el torrente;
tú eres el ser de esa vision odiosa
que detras de tu forma se cobija.
Tú estás en su lugar, y generosa
tú puedes perdonarme, eres su hija.
¡Ay! dime por piedad que desde ahora
no tornarás á ser sombra tirana,
ni guardarás su forma aterradora,

ni vivirás al pie de esa ventana.
¡Dímelo por piedad! ¿podré asomarme
á contemplar en paz esa cascada,
sin que salga tu espíritu á asombrarme,
sin que vuelva á escuchar tu carcajada?

(*Hassan, seguido de muchos soldados de Castilla disfrazados de peregrinos, entran tras el conde en el castillo durante esta escena.*)

Arg. ¿Lo ves? no le atormentes, vete, mora.

(*Zelina se cruza de brazos con dignidad.*)

Zelin. Espero.
Arg. ¿A quien?
Zelin. A un hombre.
Arg. ¿Al conde?
Zelin. Al conde.
Arg. ¡Te sigue! ¡oh! siempre sospeché traidora
la pasion infernal que tu alma esconde.
Le amabas, y tal vez correspondia
tu amor.
Zelin. ¡Silencio!
Arg. Y la razon es esa
que á Roquefort te trae... me lo temia;
eso es, mora, tu plazo y tu promesa.

(*Asoma el conde y se detiene á escuchar al dintel de la puerta.*)

Zelin. Pues bien, yo le amo: mas grandeza aprende
de un corazon de esclava. Si él ahora
vuelve hácia tí sus ojos y te tiende
satisfecho su mano protectora,
á mi razon mi corazon se humilla.
Sí, ahogaré mi pasion dentro del pecho
y á ser tu esclava volveré en Castilla.
Mas siempre, siempre atada á vuestro lecho
y tendida á los pies de vuestra silla,
noches y dias viviré en acecho;
y humilde sí, mas suspicaz leona,
yo guardaré su honor y su corona.
No lo olvideis, condesa; si imprudente
cedeis á otra pasion, si otra os aqueja,
vos el angel sereis que su alma tiente,
yo el angel tutelar que le proteja.

ESCENA XIII.

DICHOS. EL CONDE.

Conde. (*Saliendo.*) ¡Gracias!
Zelin. y Arg. ¡Cielos! (*De rodillas.*)
Conde. Hassam, cumple tu oficio.
Arg. ¡Perdon!
Conde. No.
(*Hassan la lleva por la puerta de la izquierda.*)
Lotar. ¡Vive Dios! ¿qué maleficio
contigo va? ¿Quién eres, estrangero,
ante quien todo con pavor se humilla?
Conde. ¿Quién he de ser? el conde de Castilla.
Lotar. ¡El conde! Tú y en Roquefort, ¿qué quieres?
¿qué buscas, vive Dios, conde altanero?
Si á apartarla de mí tu saña viene,
el corazon me arrancarás primero.
Conde. No ayuda Dios á quien razon no tiene.
Hassan, ¿cumplistes? (*Sale Hassan.*)
Has. Sí.
Conde. Pues desde ahora
guarda tú á Roquefort: hasta que muera
que yazca en esta torre, y vencedora
que tremole sobre ella mi bandera.
Lotar. No mientras viva yo, no; será á precio
de mi sangre.
(*Va á salir tras el conde y este le aparta.*)
Conde. No llega á tí mi encono;
apártate, francés, yo te desprecio.
(*Aun insta por salir y Zelina le aparta tambien.*)
Zelin. Aparta, Roquefort, yo te perdono.
(*Cierran y vanse.*)

ESCENA XIV.

LOTARIO.

¿Qué es esto? ¡Me desprecia... me perdona!
¡perdon, desprecio! ¿á mí? ¡por vida mia!
mas él en Roquefort, ¿qué pretendia?
vengarse?... y sin venganza le abandona!
y esa esclava, ¿á qué vino si me abona?
Sueños son de mi loca fantasia.

¡Triste, triste de mí! sueño, deliro...
es ilusion cuanto oigo y cuanto miro.

ESCENA XV.

Salen por el puente algunos soldados del conde y parten por el bosque. Despues este, y detras Zelina. Hassan se asoma á la muralla. El conde al salir se vuelve y permaneciendo en el puente con Zelina, le dice á Hassan.

Conde. Con ese tercio en Burgos escogido
guarda el castillo; y que la Francia entera
vea sobre sus torres mi bandera.

Has. Idos, conde y señor, con confianza.

(*Vase Hassan. Zelina y el conde permanecen sobre el puente contemplándose un momento, despues del cual el conde la dice con voz solemne.*)

Oye, mora, mis ojos han dormido,
mas no mi corazon: de su venganza
la pasion justiciera se ha cumplido;
ya cabe en él de amor una esperanza.

Zelin. (*Humilde.*) ¡Señor!

Conde. (*Con solemnidad y señalando al cielo.*)
No hay mas que un Dios omnipotente.

Zelin. (*Resuelta.*) Al que vos adoreis mi fé se humilla.

Conde. Y ese turbante...

(*Zelina se desciñe el turbante y le tira al agua.*)

Zelin. Tráguele el torrente.

Conde. Corona en su lugar pondrá Castilla.
Vamos.

(*La toma de la mano y la mora besa la suya.*)

ESCENA ULTIMA.

LOTARIO.

Oigo crugir... alzarse el puente...
(*Se alza el puente.*)
se van. ¡Oh, era su voz, estoy seguro...
la percibí entre el ruido del torrente
hasta aquí resbalar lamiendo el muro:
¡miserable de mí! si á esa ventana
me atreviera á llegar... mas ¿qué vacilo?
¿no era su propio ser esa africana?
sí, pobre corazon; late tranquilo:

ella es su ser, su espíritu evocado
al brio de mi voz... ¿qué hay que me aflija?
¿qué tengo que temer del padre airado,
si en su nombre el perdon me da la hija?
Nada. Voy á asomarme con fiereza

(Se asoma.)

y á ahuyentar la vision ensangrentada.

(Con alegría pueril.)

¡Oh!... ¡no asoma, no asoma esa cabeza;
no suena, no, su horrible carcajada!
cede mi estrella al fin; gozo... respiro...
veo el monte y el parque... y no aparece
y alejarse de mí por él los miro
al resplandor del alba que amanece.
¡Son ellos! esa mora... ese hombre... ¡necio!
idos, idos en paz, gente menguada;
idos, y de mi orgullo y mi desprecio
lleve el aire hasta vos mi carcajada.

(Suelta la carcajada, el eco se la devuelve. Hassan clava en la muralla la bandera de Castilla. Lotario retrocede espantado.)

¡Todavia está ahí! ¡voz del infierno!
¡todavia me escuchas! todavia
me devuelves con eco sempiterno
esta angustiosa carcajada mia!
¿Con que vives conmigo eternamente?
¿con que no tiene fin este suplicio,
ni tiene mas destino ese torrente
que el de abrirme en su fondo un precipicio?
No, no: huyamos de aquí... pronto, Argentina.
Genaro, pronto á mi!...

(Va á salir por la izquierda y retrocede.)

¡Cielos! ¿qué es esto?
sangre... Argentina... ¡vil, él te asesina!
¡ya entiendo ahora su perdon funesto!
lo comprendo. ¡Ay de mí! no se me esconde
el porvenir horrible que me espera:
esa voz, esa sangre me responde...

(A la ventana.)

¡Ay! vuelve, vuelve, detestable conde;
mátame, sí, mas no de esta manera.

(Cae sin sentido y concluye el drama.)